Reiníciate

Si ellos
cambiaron
su vida,
tú también
puedes



Antonio Fornés

Índice

Pulsa tu tecla de reinicio

Pascal: busca en tu interior

Kant: ¡atrévete a pensar!

Dostoievski: ¿quieres realmente ser libre?

Gengis Kan: lucha contra tus miedos

Tolstoi: no renuncies a tus deseos

Demóstenes: eres capaz de grandes cosas

Gauguin: libérate de ataduras

Abelardo y Eloísa: aprende a amar

Voltaire: arriésgate a comprometerte

Kolbe: cultiva tu capacidad de entrega

¡Vive!

Reiníciate

Si ellos
cambiaron
su vida,
tú también
puedes



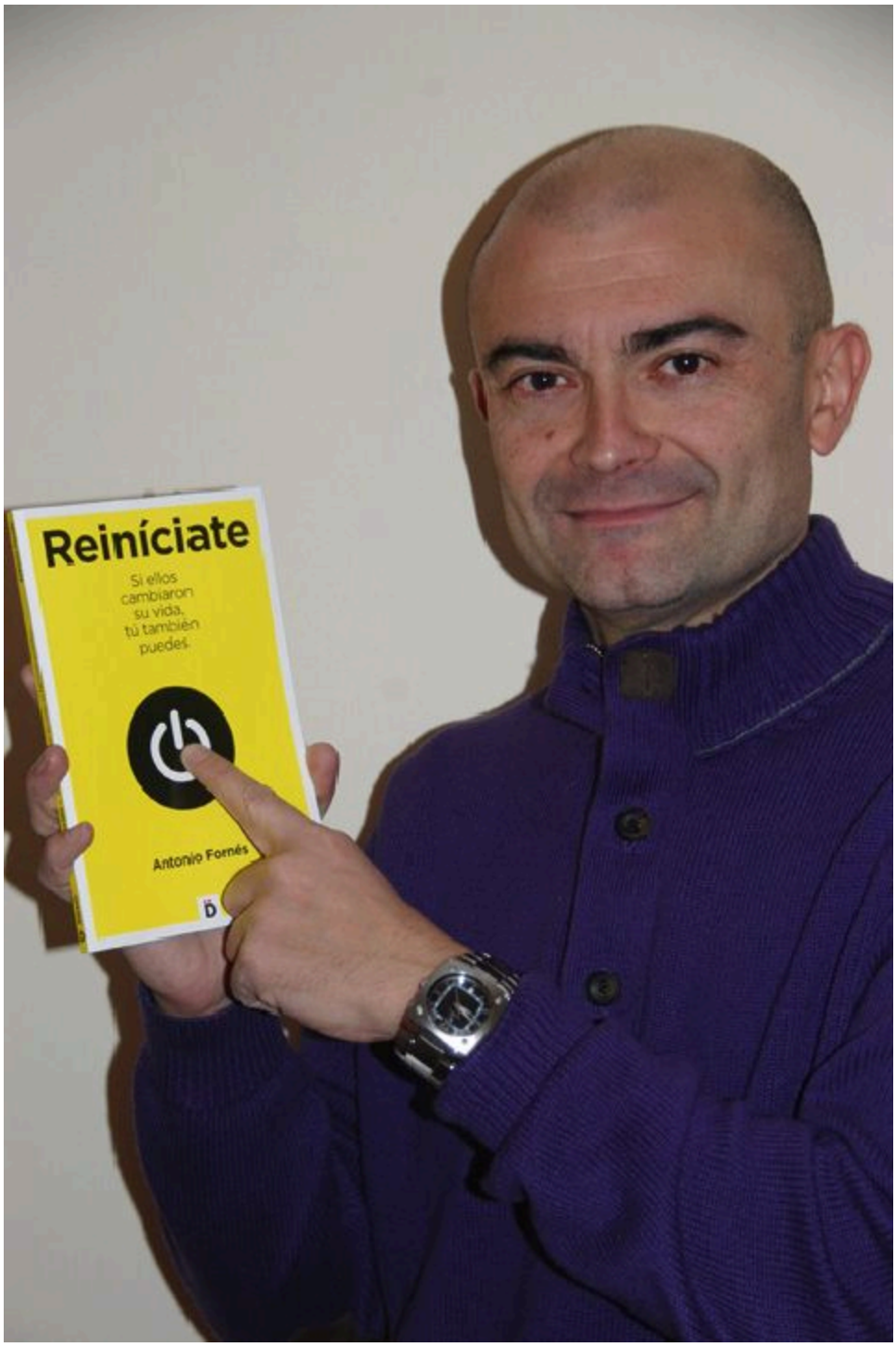
Antonio Fornés

Reiníciate

Si ellos
cambiaron
su vida,
tú también
puedes

Antonio Fornés

Ë
diëresis



ANTONIO FORNÉS

Siguiendo el consejo de Kant, «atrévete a pensar», Antonio Fornés se licenció en Filosofía y en Humanidades por la Universidad Ramon Llull de Barcelona. También se diplomó en Ciencias Religiosas y

completó tres másters, entre ellos el de Edición de la Universidad Pompeu Fabra. Escribió el libro *Las preguntas son respuestas* y, hoy, sigue atreviéndose a reflexionar con esta nueva obra mientras prepara su doctorado en Filosofía, una tesis sobre el pensador francés del siglo XVIII Joseph de Maistre.
Conoce más al autor en esta entrevista.

Primera edición digital: junio de 2012

© Antonio Fornés Murciano

© de esta edición:
Editorial Diéresis, S.L.
Travessera de Les Corts, 171, 5º-1ª
08028 Barcelona
Tel: 93 491 15 60
info@editorialdieresis.com

Diseño: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-938702-5-6
IBIC: VSP

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

www.editorialdieresis.com
Twitter: @EdDieresis

A los gigantes que pueblan los recuerdos
felices de mi infancia. Solo gracias a que me
aupé sobre vuestros hombros, fui capaz de vislumbrar
el camino hacia una vida auténtica y plena.

«Nacemos una sola vez y no nos es dado
nacer dos (…). Pero tú retrasas tu felicidad y,
mientras tanto, la vida se va perdiendo lentamente
por ese retraso, y todos y cada uno de
nosotros, aunque por nuestras ocupaciones no
tengamos tiempo para ello, moriremos.»

Epicuro, *Fragmentos*

«No se sabe si fue un ataque de parálisis u otra cosa,
pero el caso es que estaba sentado en su silla y, sin más ni
más, cayó redondo. Mandaron llamar al médico
para que lo sangrase, pero vieron que el fiscal no era ya
más que un cuerpo sin alma. Únicamente entonces se dieron
cuenta con dolor de que el difunto había tenido alma,
aunque por modestia él no lo había mostrado nunca.»

Nikolái Gógol, *Almas muertas*

1
Pulsa tu tecla de reinicio

Vivimos sumergidos en el gris. Ferozmente empeñados en las mezquindades propias de nuestros quehaceres diarios, poco a poco vamos insensibilizándonos ante la maravillosa pluralidad de colores que el mundo nos ofrece hasta que, finalmente, un día todo nos parece niebla y ceniza.

Pero, frente a esta deriva, lo único que necesitaríamos es un empujón, un acontecimiento que nos arranque de la rutina y que por un momento nos permita alcanzar una lucidez desconocida hasta ahora. Curiosamente, no suele ser un instante feliz. Estamos siempre tan ocupados, tan inmersos en el frenético ritmo de nuestra vida diaria, nos sentimos al acabar el día tan cansados que no nos queda tiempo ni mental ni físico para nosotros mismos. Por ello, cuando impelidos finalmente por algún acontecimiento externo miramos al fin en nuestro interior, descubrimos con sorpresa a un extraño, a un individuo durante años abandonado y encadenado en las oscuras profundidades de nuestro ser… El resultado tiende a producir un vértigo aterrador que generalmente nos hace huir de nuevo hacia la tranquilizadora superficie, poblada de aburrimiento y trabajo. Olvidamos ese momento y seguimos como si nada hubiera pasado…

De hecho, la mayoría no hacemos otra cosa que huir a lo largo de toda nuestra vida. Huimos de nuestros temores, de nuestras limitaciones y, sobre todo, de nuestros auténticos deseos. El resultado de esa huida hacia regiones más tranquilizadoras es siempre negativo, produce dolor, angustia emocional y una intensa sensación de desasosiego e insatisfacción. Corremos continuamente hacia delante con la inconfesable intención de impedir que la vida nos alcance y, como consecuencia, la dejamos escapar burdamente. ¡Qué gran ironía! A cambio de esa tremenda carrera de obstáculos, de todos nuestros desvelos y esfuerzos, obtenemos siempre la misma amarga recompensa: la muerte. Triste premio de consolación sin duda para la cantidad de sufrimiento que, sin saber muy bien por qué razón, soportamos a lo largo de nuestra existencia.

Pero en algunas ocasiones, el impacto de mirar en nuestro interior, de pensar por un minuto en nosotros mismos, tiene efectos totalmente imprevistos: nos transforma radicalmente, cambia nuestro modo de ver el mundo y sus habitantes, subvierte nuestras relaciones sociales y nos conduce inexorablemente al único camino que vale la pena ser recorrido, el de la plena conciencia de nosotros mismos, de nuestra existencia. Nos convierte, por decirlo de una forma solemne, en auténticos seres humanos. Es entonces cuando empezamos a atisbar la gran verdad sobre la que todos deberíamos cimentar nuestro transitar por este mundo, el hecho de que sólo tenemos una auténtica tarea que llevar a cabo durante toda nuestra vida: vivir plenamente, sentir la existencia en su auténtica sustancialidad.

Este objetivo, aparentemente fácil pero que día a día nos empeñamos en complicar con la mayoría de nuestros actos, sólo podemos satisfacerlo desde nuestro interior, reiniciando nuestra existencia, redescubriéndonos como seres valiosos e irrepetibles.

Para empezar, resulta forzoso sincerarnos con nosotros mismos y nuestros deseos, arrinconar por un momento el montón de cosas superfluas, improductivas, a las que irreflexivamente dedicamos nuestro existir y concentrar esfuerzos en aquello que realmente merece la pena. Mi queridísimo perro Happy (un nombre que, quizás en un curioso guiño de mi inconsciente, resulta toda una declaración de intenciones) es un ejemplo incuestionable del entusiasmo con el que debemos afrontar esta labor fundamental. Happy, desembarazado de prejuicios y miedos, indiferente al qué dirán, seguro de su condición y sus anhelos, siempre y en todo momento inasequible al desaliento, cada mañana me persigue incansable por toda la casa a la espera de su galleta matutina. Paciente y a la vez obstinado, no permite que las diferentes circunstancias de cada día le distraigan del que es su objetivo último y trascendental. Por supuesto, su perseverancia acaba obteniendo a diario el premio esperado y, haciendo honor a su nombre, Happy se retira feliz mientras se relame complacido. Vivir es mucho más sencillo de lo que pensamos…

Por eso no nos merecemos desperdiciar nuestra existencia de una forma superficial, ramplona, mecánica. Somos demasiado valiosos para conformarnos con eso, poseemos demasiadas aptitudes. Si nos lo proponemos, si dejamos atrás la rutina que nos rodea, somos capaces de tanto… Por ello el objetivo de estas páginas no es otro que el de empujarte, lector, para que esta vez no hagas como si nada hubiera ocurrido. Pues de la misma forma que nuestro ordenador se detiene bruscamente cuando el exceso de tareas abiertas lo colapsa y debemos reiniciarlo, también nosotros, a fin de no caer en el sinsentido vital y evitar los múltiples callejones sin salida a los que nos arrastran los quehaceres cotidianos, necesitamos ineludiblemente detenernos, silenciar todo el ruido del mundo exterior y encontrarnos a solas con nosotros mismos.

Necesitamos reiniciarnos, en definitiva, para ser capaces de enfrentarnos radicalmente con todas las emociones nocivas que invaden nuestro espíritu y, transformados así, afrontar decididamente la búsqueda del único horizonte existencial que tiene sentido: el de una vida plena y feliz.

2
Pascal: busca en tu interior

A lo largo de la primera mitad de su vida, Blaise Pascal era conocido como un hombre alegre. Gustaba de hacer reír a la gente, siempre bromeando, con su afición por los juegos de palabras. Además de simpático, Pascal fue un niño prodigio que ya a los doce años dominaba la geometría euclidiana y se preparaba para pasar a la historia como uno de los grandes científicos de todos los tiempos. Realizó estudios de acústica, demostró la existencia del espacio vacío, elaboró la teoría de los vasos comunicantes, inventó la prensa hidráulica... No conformándose con eso y para ayudar a su padre, recaudador de impuestos, fabricó también la primera calculadora. Y todo ello lo hizo... ¡antes de los treinta años! Como nosotros, Pascal transitaba por la vida enloquecidamente ocupado. Pero un día, le llegó el momento de recibir el empujón que lo cambiaría todo…

Estamos en París, mes de octubre de 1654. El libertino Pascal viaja con unos amigos en un carruaje a través de las calles de la capital francesa. Por alguna razón que desconocemos los caballos del tiro se encabritan, dejan de obedecer al cochero y, desbocados, se arrojan al Sena desde el puente de Neuilly. El coche está a punto de seguir el mismo camino pero, por suerte para sus ocupantes, en el último instante se rompen las bridas y el carromato queda colgando del puente sin caer al río. Pascal sale ileso del accidente, pero por un momento ha visto la muerte muy de cerca, cara a cara. La impresión es demasiado fuerte para su espíritu: se desmaya y pierde la conciencia. No volverá a ser el mismo. A partir de entonces, cambiará la ciencia por la filosofía y la investigación del mundo exterior por la de sí mismo, de su mundo interior. Fruto de estas reflexiones nacerán una serie de apuntes que, a pesar de inacabados por la prematura muerte del autor, componen una de esas obras imprescindibles de la historia de la filosofía que todos deberíamos leer, sus célebres *Pensamientos*.

En uno de ellos, Blaise Pascal nos propone el siguiente juego: imaginemos que fuésemos trasladados por la fuerza a una gran isla

convertida en un gigantesco campo de concentración de la que no pudiésemos escapar, y que en ella nos obligasen a trabajar duramente de sol a sol. A primera vista, sin duda la situación parece penosa e insoportable. Pero todavía empeorará. Así, cada día los terribles carceleros eligen a uno de los cautivos y, en presencia del resto, lo ejecutan de forma dolorosa y cruel. Los demás comprenden que están también condenados y sólo esperan su hora. «¡Increíble!», pensaremos. No es posible tanta maldad. ¿Cómo pueden soportar su condición los prisioneros sin rebelarse? Es al llegar a este punto cuando el bueno de Pascal sonríe pícaro: nos ha llevado adonde quería pues, al fin y al cabo, ¿no es esta una descripción de nuestro mundo? ¿Podemos huir de él? ¿Acaso no trabajamos de sol a sol? ¿No nos sabemos condenados a morir? Y mientras tanto, ¿no hemos de soportar la muerte, muchas veces dolorosa, de aquellos que nos rodean? La moraleja del relato de Pascal es clara: si nos dejamos llevar por nuestro imparable frenesí cotidiano sin pensar demasiado y sin concienciarnos de nuestra situación, nuestro mundo se convierte en la más cruel y terrible de todas las cárceles que podamos imaginar.

Desde su experiencia personal, desde su propia biografía vivida hasta entonces a un ritmo tan o más frenético que el nuestro, Pascal describe bien cuál es la vía de escape más común a la que recurrimos para evitar reflexionar y caer en la desesperación: ocuparnos, hacer algo siempre y a todas horas, llegar reventados a la cama…

Así, escribe Pascal que desde la infancia se carga a los seres humanos con todo tipo de deberes y responsabilidades: trabajo, dinero, familia, amigos… y se nos hace creer que no podremos ser felices sin que nuestra salud, nuestra hacienda, nuestra familia y nuestros seres cercanos estén perfectamente protegidos. De ahí que pasemos el día atareados, desde primera hora de la mañana y hasta que se pone el sol. Sin darnos tregua ni descanso. Y aun cuando descansamos, seguimos pensando en nuestras obligaciones. El texto de Pascal continúa así:

«Extraña manera de hacerlos felices, diréis; ¿podría hacerse algo mejor para hacerlos desgraciados?

»¡Cómo! ¿Qué podría hacerse? Bastaría con quitarles todas esas preocupaciones, porque entonces se verían a sí mismos, pensarían en lo que son, de dónde vienen, adónde van. Y por eso nunca se les ocupa demasiado. Y por eso, después de haberles preparado tantos asuntos, si tienen algún tiempo de descanso, se les aconseja que lo empleen en divertirse, en jugar y en estar siempre completamente ocupados[1].»

El mensaje de Pascal resulta claro: detrás de todas nuestras ocupaciones, detrás de nuestro infatigable quehacer diario, lo que se esconde es nuestro miedo a quedarnos a solas con nosotros mismos, con nuestra realidad personal, a enfrentarnos con nuestros sentimientos más íntimos. Pues en el fondo intuimos lo vacía que realmente está nuestra vida y por ello rechazamos toda posibilidad de reflexión sobre nosotros mismos, nuestras ambiciones y deseos. Ante la fría certeza de nuestro fracaso vital preferimos la táctica cobarde del avestruz, pretendiendo así ignorar nuestra derrota mediante el estresante trámite de llenar de actividad nuestro día a día, rodearnos de gente a todas horas y no tener tiempo para nada. No resulta extraño pues, que nuestro buen filósofo cierre de esta manera su reflexión:

«¡Cuán vacío está el corazón del hombre, y cuán lleno de inmundicia!»

Hemos grabado con hierro candente en nuestra conciencia la necesidad de estar ocupados: no hacer nada es perder el tiempo, el grado de realización personal se mide por el número de proyectos y experiencias que somos capaces de acometer y vivir. Objetivamente, lo único que acabamos obteniendo con este frenético ritmo de vida es un agobiante cansancio existencial, así como una sensación similar a la de tomar un puñado de arena con la mano: la vida se nos escapa entre mil ocupaciones diarias, tal y como la arena se escurre entre los dedos. Nuestro día a día es como el de esos turistas que recién llegados, por ejemplo, a la bellísima ciudad de Florencia, y llevados por ese afán tan occidental de «aprovechar el tiempo», se dirigen a toda velocidad en busca del monumental museo que es la Galería de los Uffizi. En un alocado *tour de force* van visitando una a una todas las salas, y dedican a muchas obras

maestras del arte apenas unos segundos de su tiempo. En realidad, más que ver aquellas majestuosas pinturas pareciera que lo que hacen sea verificar que estén colocadas en su sitio. Cuando salen de allí, visiblemente agotados, la mayoría no son capaces de recordar prácticamente nada de lo que han visto.

Hay mejores maneras de visitar Florencia, igual que hay mejores formas de vivir. ¿Por qué no simplemente sentarnos en una terraza de alguna de las cafeterías y restaurantes que pueblan la imponente Piazza della Signoria, de facto casi un museo al aire libre y que está justo enfrente del Museo Uffizi? ¿Por qué no disfrutar con paz del ambiente, de las vistas, del pasar de la gente? ¿Por qué no empaparnos serenamente de Florencia mientras degustamos un capuccino o una cerveza? El tiempo pasará más despacio y se hará más denso. Si somos capaces de dejar nuestro espíritu en suspenso durante unos minutos, seguramente la experiencia resultará inolvidable.

¿Qué nos queda después de haber contemplado un cuadro, paseado por una ciudad o, simplemente, haber compartido un rato distendido con los amigos? El momento. La experiencia crucial de cualquiera de estos actos que se posa en nuestra alma es ese momento mágico en que nuestro corazón se altera y sin darnos cuenta tragamos saliva, es esa sensación la que nos enriquece y eleva. De ahí que podamos afirmar que es la intensidad y no la cantidad lo que debemos buscar perpetuamente, masticando el tiempo y haciéndolo nuestro, no dejándonos llevar por él.

Lamentablemente en nuestra vida solemos actuar casi siempre como turistas alocados, desaprovechando nuestro existir, trivializándolo, reduciéndolo a una triste cadena de experiencias superficiales. Hemos de aprender a detenernos, a exigirnos diariamente un momento de calma, de respiro interior en el que nuestra reflexión solo tenga un protagonista: nosotros. Hace ya dos mil quinientos años que uno de los padres de la filosofía occidental, Sócrates, nos advirtió de que una vida sin reflexión no merecía ser vivida…

No se trata obviamente de convertirnos en una especie de monjes místicos, pero sí de alejarnos de la continua banalidad en la que

solemos estar inmersos, de negarnos a que todas nuestras experiencias resulten intrascendentes, pura superficialidad vacía. A buscar, de vez en cuando, sentir la profundidad espiritual que radica en el mismo hecho de vivir.

Sin embargo, nos empeñamos desesperadamente en localizar la felicidad fuera de nosotros, en nuestra sociedad y en su barata bisutería sentimental, y con ello no conseguimos más que infelicidad y desesperación. La respuesta a todas nuestras preguntas, a nuestra ansiedad, está en nosotros, en nuestro interior, es ahí donde debemos buscar. Creemos que corriendo, evitando pensar, encontraremos alivio a nuestros males más profundos, pero ellos corren mucho más que nosotros y parece que nuestros esfuerzos por dejarlos atrás los hacen más presentes y fuertes. Los pensamientos de Pascal nos laceran por su lucidez:

«No habiendo podido curar la muerte, la miseria y la ignorancia, a los hombres se les ha ocurrido, para ser felices, no pensar en ellas. Pese a estas miserias, el hombre quiere ser feliz y no quiere ser más que feliz, y no puede no querer serlo. Pero ¿cómo se las arreglará? Para lograrlo sería menester que se volviera inmortal, y no pudiéndolo se le ha ocurrido prohibirse a sí mismo pensar en ello.»

Vivimos sin querer pensar que moriremos, pero eso no nos salvará de nada, y menos de nuestra propia muerte. Malgastamos nuestros días en busca de una felicidad imposible en un mundo irreal y falso, en el que eludimos el contacto con el sufrimiento, el dolor, la miseria. Para ello nos acorazamos en el interior de nuestras viviendas y pretendemos conocer el mundo exterior a través de las falsas ventanas de la televisión o el ordenador. De esta forma conseguimos pasar por la Tierra ignorándolo prácticamente todo sobre ella y su historia. Desde nuestra perezosa indolencia de ciudadanos occidentales preferimos la ignorancia al esfuerzo por conocer la auténtica realidad que nos rodea. Un solo ejemplo: quizás llevemos viviendo diez o quince años en una misma calle, nuestra calle, aquella en la que se halla nuestro hogar. Tal vez sea una avenida, un paseo o una rambla, pero casi con toda seguridad llevará por nombre el de algún ilustre personaje. ¿Qué sabríamos decir de él? ¡Probablemente nada! Hemos pasado miles de veces

junto a la placa que indica su nombre y nunca hemos sentido la tentación de saber algo sobre la persona que da nombre a algo tan cercano a nosotros como el lugar en el que habitamos. Pocas cosas son tan intrínsecamente humanas y enriquecedoras como el sentido de la curiosidad, y sin embargo el hombre actual parece haberse despojado de esta virtud y con ella de su capacidad para admirarse. El hecho de vivir se ha convertido en algo tan vulgar que hemos olvidado nuestra capacidad de admiración por la inconmensurable maravilla de la existencia.

Debemos aceptar que esa ignorante felicidad ideal que buscamos a través de la técnica, del mundo de la virtualidad cibernética y el consumo no sólo es irrealizable, sino que además es inhumana. Necesitamos dar un paso atrás, despojarnos de toda artificiosidad, poner los pies en la tierra y volver a la auténtica realidad, comprender que el dolor y el sufrimiento es consustancial al hombre. Pensar que la mejor forma de combatir la corta duración de nuestra existencia es llenarla con todo tipo de actividades para «mejor aprovecharla» es condenarnos al desequilibrio emocional, a la ansiedad y la frustración vital. En realidad y para probar esta afirmación bastaría con darse una vuelta por algún centro de salud mental de cualquier país occidental.

Pascal nos llama a detenernos y a emprender un nuevo camino, el que nos lleva hacia nuestro interior. Nos suplica que dejemos de correr. Debemos dejar de ocupar nuestro tiempo y empezar, por el contrario, ¡a utilizarlo! Librarnos de las cadenas del día a día y buscar un nuevo camino, ¿hacia dónde?

[1] Todos los textos de Pascal están tomados de: Blaise PASCAL, *Pensamientos*. Valdemar. Madrid, 2005

3
Kant: ¡atrévete a pensar!

En la entonces llamada Königsberg, antigua capital de Prusia Oriental y actualmente ciudad rusa con el nombre de Kaliningrado, vivió a mediados del siglo XVIII un hombrecillo (probablemente medía menos de metro y medio) debilucho y físicamente deforme –al parecer tenía un hombro claramente más alto que el otro y el tórax hundido. Era meticuloso y ordenado en extremo, se levantaba cada día puntualmente a las cinco menos cinco de la madrugada y paseaba todas las tardes por el mismo sitio y a la misma hora. Hasta tal punto resultaba fiable su rutina que sus vecinos lo utilizaban como reloj: «No pueden ser las seis, no ha pasado por aquí todavía el señor Kant». Sin embargo, a pesar de las apariencias, su inteligencia poseía una fuerza arrolladora y su pensamiento está sin duda entre los más poderosos de la historia de la humanidad. Fue el filósofo Immanuel Kant.

No era un hombre fácil. Permaneció toda su vida soltero y cuando le preguntaban al respecto, solía bromear diciendo que cuando había sentido la necesidad de tener mujer no podía alimentarla y que, cuando finalmente poseyó el suficiente capital para alimentarla, ya no sentía ninguna necesidad de tenerla… De hecho, vivió la mayor parte de su vida en soledad, acompañado tan sólo por un criado, Lampe, antiguo soldado de Prusia que probablemente no notó ninguna diferencia sustancial entre la marcial disciplina del ejército prusiano y la del ambiente que se vivía en casa del señor Kant. Consciente de su carácter huraño, el filósofo se obligaba a invitar siempre a alguien a su mesa para comer y evitar así la absoluta soledad. Con todo, también sometió esta costumbre a su metódica disciplina y así los invitados nunca podían ser menos de tres ni más de nueve…

Como hijos obedientes de nuestra época probablemente no nos habría caído bien un personaje como Kant, demasiado frío, demasiado rígido, demasiado entregado a sus ideales. El nuestro es un tiempo en el que se ha desterrado del vocabulario habitual y de

todo entorno ideológico la palabra sacrificio, término que nos suena prácticamente a medieval, asociado a oscuros tiempos pasados. Si bien nuestra agenda debe estar llena de actividades, éstas no deben resultar penosas, en nuestra sociedad todo ha de ser siempre más fácil, más cómodo. Los resultados de nuestras acciones han de llegar con rapidez, porque si no, abandonaremos nuestro esfuerzo. Hasta el ocio ha de estar vacío de contenido y rayar a un nivel puramente infantil: acabamos renunciando incluso a ver una película en el cine si está subtitulada. Demasiado trabajo, claro…

Es una de las grandes constantes de nuestra civilización en los últimos tiempos: todo resulta cada vez más sencillo. Acciones y eventos para los que décadas atrás se necesitaba una ingente cantidad de dedicación, conocimiento y experiencia hoy, gracias a la técnica, se han convertido en actos cotidianos que cualquiera con una mínima formación puede llevar a cabo sin dedicarle atención apenas. El imparable avance tecnológico ha bajado de forma considerable el listón de la dificultad en la mayor parte de nuestras tareas, pero sin embargo no hemos aprovechado realmente esta ventaja, pues paralelamente al crecimiento técnico nosotros hemos bajado nuestro nivel de autoexigencia.

Se ha extendido la idea de que el camino hacia la felicidad es un camino suave y agradable cuesta abajo, en el que el conocimiento es algo más bien superfluo. La revolución tecnológica debería habernos proporcionado más tiempo para nosotros mismos y reforzado nuestras virtudes. Tendría que habernos hecho más fuertes como sociedad y más seguros como individuos. Sin embargo, el resultado actual no es ése, al contrario, nos ha hecho perder en muchas ocasiones el sentido del auténtico valor de las cosas, ha desterrado de nosotros la idea de la necesidad del sacrificio personal como vía de mejora.

Además el imponente, casi monstruoso, desarrollo de las telecomunicaciones (telefonía móvil, internet…) contradictoriamente nos ha aislado aún más y ha aumentado nuestra soledad, enmascarándola. La apoteosis tecnológica actual no ha liberado nuestro tiempo de ocupaciones. Al contrario, ha aumentado las mismas y nos ha hecho mucho más dependientes, al mismo tiempo

que ha banalizado la mayoría de nuestros actos y nos ha sumergido en una trivialidad atroz e inconsistente.

Frente a este estado de cosas y pese a sus evidentes limitaciones personales, Immanuel Kant representa como pocos el valor de lo humano, el intento desesperado y al mismo tiempo colmado de dignidad de cumplir con la más sublime de las expectativas que se plantea en nosotros desde el mismo instante de nuestra concepción: dar sentido a nuestra vida viviéndola plenamente y no sólo en su superficialidad. Así lo pensaba también la estudiosa de la historia del pensamiento Sofía Vanni Rovighi, quien sobre él escribió: «Porque el hombre no es sólo razón, se puede, se debe notar que en el hombre Kant hubo deficiencias (…); mas porque el hombre es hombre por la razón, se debe reconocer que Kant fue hombre. Y no es poco, aun para un filósofo[1].»

En este viaje alrededor de nosotros mismos que nos hemos propuesto a través de estas páginas, Pascal nos ha descubierto lo inconsistente de nuestras ocupadas vidas y ha descorrido el telón con el que ocultamos la terrible verdad de nuestra mortalidad. Aceptado esto, Kant nos indica la primera y fundamental de las direcciones que debemos seguir para cambiar de forma radical nuestras vidas: la de hacernos verdaderamente adultos.

En un texto primoroso, nos marcó el camino o, mejor, el primer paso, para abandonar nuestra mediocridad, nuestro pasar sin dejar huella, nuestro vivir constantemente ansiosos e insatisfechos. Porque, como nos descubre el filósofo, no basta con el tiempo para madurar, sino que lo fundamental para conseguirlo realmente, para abandonar el estado de infancia mental en el que gran parte de la humanidad pasa sus días, es hacernos plenamente responsables de nuestras acciones. Algo que es muy difícil, pues implica pensar individualmente en cada uno de nuestros actos y elecciones para poder tomar una decisión responsable y autónoma sin excusarse en la opinión común, la costumbre o simplemente lo que han decidido otros. Kant denuncia que la mayoría de nosotros se conforma culpablemente con ser un niño toda la vida, dejando nuestras propias decisiones en manos de otros: políticos, consejeros,

profesores... Es tan fácil dejarse llevar, resulta tan difícil asumir nuestras propias decisiones, nadar a contracorriente…

Pero reflexionemos sobre esto: en el discurrir de manada que nos caracteriza, ¿obtenemos acaso algún tipo de auténtica felicidad?, ¿sentimos alguna realización personal mientras nos dejamos arrastrar? Pocos textos me han impresionado tanto en mi vida como los siguientes párrafos, en los que Kant aborda esta cuestión. Pocos textos suponen una guía vital tan clara hacia la suprema excelencia personal, esto es, una guía única para la auténtica libertad. Todos deberíamos llevar estos párrafos anotados en nuestra agenda, o en una hoja en el bolsillo, y releerlos constantemente. Disfrutémoslos:

«La Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad. La minoría de edad significa la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no reside en la carencia de entendimiento, sino en la falta de decisión y valor para servirse por sí mismo de él sin la guía de otro. *Sapere Aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento!, he aquí el lema de la Ilustración.

»La pereza y la cobardía son las causas de que una gran mayoría de los hombres permanezca, gustosamente, en minoría de edad durante toda su vida, a pesar de que hace ya tiempo la naturaleza los liberó de dirección ajena (*naturaliter majorennes*, mayores de edad por naturaleza); y por eso es tan fácil para otros el erigirse en sus tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un director espiritual que reemplaza mi conciencia moral, un médico que me prescribe la dieta, etc., entonces no necesito esforzarme. Si puedo pagar, no tengo necesidad de pensar; otros asumirán por mí tan fastidiosa tarea[2].»

Ahí es nada. El primer paso para conocernos realmente es dejar de escuchar a los demás y empezar a escucharnos a nosotros mismos. Compramos revistas que nos dicen cómo vestir o qué tipo de corte de pelo debemos lucir, pensamos que los políticos nos engañan pero seguimos escuchándolos y votándolos, nos reímos en público de magos y videntes pero en realidad sus consultas y líneas telefónicas rebosan de clientes en busca del consejo salvador… A lo

largo del día se nos trata como a niños y parece no importarnos. Del mismo modo que a Bogart y Bergman siempre les quedará París, a nosotros siempre nos quedará Kant para recordarnos que el primer paso para transformar nuestras vidas es asumir de verdad, y no sólo formalmente, la dirección de las mismas.

Vivimos en un mundo que dice reclamar la libertad, pero que en el fondo la rechaza continuamente. En las líneas sublimes que leíamos antes, el filósofo nos recuerda que ser libres no depende del contexto político, ni de nuestra situación económica o social. Depende de nosotros.

[1]S. Vanni ROVIGHI, *Introducción al estudio de Kant.* Madrid, 1948, p. 23

[2]Tomado de V.V.A.A., *¿Qué es Ilustración?* Tecnos. Madrid, 2007.

4
Dostoievski: ¿quieres realmente ser libre?

Ser libres depende exclusivamente de nosotros, la libertad está en nuestro interior pero, ¿queremos realmente ser libres? Dostoievski escribió una inquietante fábula al respecto, y él sabía mucho de libertad porque fue encerrado en la cárcel, condenado a muerte y conducido al patíbulo…

Sí, a lo largo de su vida Dostoievski recibió multitud de empujones vitales que le hicieron encararse con su espíritu y sentir plenamente su atormentado interior. Sin duda su vida no fue fácil, pero el resultado de la misma fue uno de los monumentos literarios que más profundamente han descrito los oscuros recovecos del alma humana.

A sus veintiocho años, el joven Dostoievski había abandonado la carrera militar por la literatura. Sus primeras obras habían cosechado un éxito esperanzador. Loado por los críticos, comenzaba a ser conocido entre el círculo de intelectuales rusos de la época. Sin embargo, el imperio de los zares vivía entonces momentos de agitación política y nuestro escritor se vio envuelto, casi sin querer o ser del todo consciente de ello, en una conspiración política que le llevaría a la prisión de Pedro y Pablo en San Petersburgo. Juzgado y condenado, la madrugada del 22 de diciembre de 1849 fue despertado por sus carceleros y conducido al patíbulo para ser ejecutado junto a otros nueve reos. Le pusieron una camisa blanca y le ofrecieron un crucifijo que besar. Para Dostoievski todo había terminado…

Apenas le quedaban segundos de vida cuando su destino dio un vuelco teatral: el oficial al mando del pelotón de ejecución alzó un trapo blanco y los soldados se retiraron: ¡el zar acababa de perdonar su vida a cambio de trabajos forzados en Siberia!

Esta experiencia le marcaría para siempre, ¡cómo no! Confinado en Siberia, sus sufrimientos no harán sino aumentar. Convertido en un preso más, tendrá que soportar la dureza del invierno siberiano trabajando al aire libre y con un lado de la cabeza afeitado, siniestra

ejemplificación de su condición de criminal y muestra del malsano humor de sus guardianes.

Pero dejemos de lado los sufrimientos personales del escritor y permitamos que su pluma nos conduzca a la cuestión que tratábamos antes de que la terrible escena de su fallido ajusticiamiento nos interrumpiera: la necesidad de que dejemos de escuchar a los demás y, escuchándonos a nosotros mismos, asumamos voluntaria y férreamente la dirección de nuestras vidas haciéndonos por ello absolutamente responsables de las mismas, algo que Kant definía como abandonar nuestra autoculpable minoría de edad para entrar en la madurez personal. Una idea que resuena dulcemente en nuestros oídos pero que la mayoría de nosotros no afronta realmente nunca en su propia vida, pues en general y frente al pavor que nos produce el hecho de tomar decisiones personales, solemos optar por dejarnos llevar, por abandonar en manos de otros nuestras decisiones, aunque el resultado de ello nos genere infelicidad. El miedo a tomar las riendas de nuestra vida resulta, entre las correas que nos unen con la angustia y la insatisfacción personal, sin duda la más fuerte y la primera que debemos cortar. Pero esto significa asumir en su totalidad la libertad humana, nuestra libertad, y es más fácil decirlo que hacerlo.

Dostoievski afronta esta cuestión en su obra *Los hermanos Karamazov*, en concreto en el capítulo llamado *La leyenda del Gran Inquisidor*. Estamos probablemente ante el texto más importante de su carrera literaria y ante una de las cumbres absolutas de la literatura de todos los tiempos. Recuerdo que mi profesor de Antropología Filosófica en la universidad, una de las personas más cultas e inteligentes que he conocido, solía decir que cuanto más leía este capítulo, más se convencía de que estaba directamente inspirado por el diablo… Dostoievski, aunque cristiano ortodoxo devoto y convencido, quizá estaría de acuerdo con mi viejo profesor.

La historia nos transporta a la España de inicios del siglo XVI, en concreto a Sevilla. Es en esta ciudad y en aquella época cuando Jesús decide volver a la Tierra. Dostoievski escribe que apareció dulcemente, sin hacerse notar, y que sin embargo todos le reconocieron. La multitud le sigue y se agolpa a su alrededor, pero

frente a la catedral sevillana sus pasos se cruzan con los del Inquisidor General de Castilla, un viejo enjuto de ojos hundidos que no muestra ninguna alegría al verlo. Es más, señalándolo con el dedo ordena su detención. El pueblo, asustado ante el poder del Santo Oficio, no hace nada por impedirlo, al contrario, se inclina ante el paso del anciano clérigo. Jesús es conducido a la terrible prisión inquisitorial y encerrado en una de sus más lóbregas y oscuras mazmorras. Entrada ya la noche, inopinadamente se abre la puerta del triste calabozo y aparece la figura del viejo inquisidor que, mirando fijamente al rostro del detenido, le dice: «¿Por qué has venido a molestarnos? Mañana te condenaré y serás quemado como el peor de los herejes, y ese mismo pueblo que hoy te besaba los pies se precipitará mañana, a una indicación mía, para alimentar tu hoguera».

Al llegar a este punto el lector no puede sino experimentar un ligero escalofrío. ¿Por qué quien aparentemente debería alegrarse más de la vuelta de Jesús, quien lo reconoce con más claridad, está dispuesto a sacrificarlo en la hoguera? La respuesta, llena de tensión y dramatismo, la obtenemos a través de las palabras del inquisidor. Su voz resuena turbadora mientras acusa a Jesús de sobrevalorar al ser humano: «Has dicho muchas veces: "Quiero haceros libres". Pues bien, ya has visto a los hombres libres…[1]» El inquisidor enfrenta a Jesús con la experiencia de lo rápidamente que el hombre está dispuesto a renunciar a su libertad para obtener seguridad física o económica, o simplemente, para no tener que decidir él mismo: «Quieres ir al mundo con las manos vacías, predicando a los hombres una libertad que su tontería y su ignominia naturales les impiden comprender, una libertad que les da miedo, pues ni ha habido ni habrá nunca nada más intolerable para el hombre y para la sociedad. ¿Ves las piedras de ese árido desierto? Conviértelas en panes y te seguirán como un rebaño dócil y agradecido, temblando de que tu mano se retire y no vuelvan a tener pan. Pero Tú no quisiste privar al hombre de la libertad (…) estimando que era incompatible esa libertad con la obediencia comprada con pan, y replicaste que no sólo de pan vive el hombre. (…) ¿Has olvidado,

pues, que el hombre prefiere la paz y hasta la muerte a la libertad de discernir entre el bien y el mal?»

El alegato del viejo inquisidor alcanza su punto culminante: «Consintiendo en el milagro de los panes, hubieses calmado la eterna inquietud de la humanidad, individual y colectiva, que es la de saber: ¿ante quién inclinarse? Pues no hay, para el hombre que vive libre, preocupación más constante y punzante que la de buscar un ser ante quien inclinarse.»

Las palabras de Dostoievski son pavorosas, pero nos describen tan bien, con tanta fidelidad… En realidad, es la constatación en nuestro fuero interno de la verdad de sus afirmaciones lo que nos aterra del texto del escritor ruso.

Por ello el inquisidor se ve obligado a condenar a Jesús: porque él y los suyos creen conocer mejor al hombre y para hacerlo feliz lo han sojuzgado tras una apariencia formal de libertad. Aunque el texto se escribió en pleno siglo XIX, su actualidad es absoluta, sigue describiendo perfectamente a nuestra sociedad: «Hemos corregido tu obra fundándonos en el milagro, el misterio y la autoridad. Y los hombres se han regocijado de ser conducidos de nuevo como un rebaño y librados de ese don funesto que les causaba tales tormentos. ¿Teníamos razón al obrar así? Dime, ¿no es amar a la humanidad comprender su debilidad, aligerar su carga con amor? (…) Les demostraremos que son débiles, que son criaturas dignas de compasión, pero que la felicidad pueril es la más deleitable. (…) Naturalmente les haremos trabajar, pero en sus horas de descanso organizaremos su vida como un juego de niños, con cantos, coros y danzas inocentes. ¡Los dejaremos hasta pecar!, ¡son tan débiles!...»

Acabada su acusación el viejo jerarca calla y espera la respuesta del cautivo, y aquí, al final del escalofriante cuento, a Dostoievski todavía le queda un atisbo de esperanza y desde ella intenta reconciliarse con el hombre y su futuro. Así, Jesús no protesta, no se defiende, simplemente se acerca al anciano y besa sus labios exangües, ésa es su sublime respuesta. El corazón del inquisidor arde, le fallan las fuerzas y abriendo la puerta de la celda le grita: «¡Vete y no vuelvas más!»

Démonos un momento, recuperemos el aliento después de estas líneas y meditemos al respecto de nuestra pretendida libertad…

La figura del viejo inquisidor nos resulta sin duda antipática y nos parece un arquetipo de tiempos pasados, pero al reflexionar sobre sus palabras no podemos dejar de sospechar que, lamentablemente, hay mucho de verdad en ellas. Nunca la palabra libertad ha estado tan presente como en nuestra época, pero, ¿realmente ejercemos nuestra libertad? La mayoría responderemos, si lo hacemos honestamente, que no. Al fin y al cabo hemos donado nuestra libertad a los bancos a cambio de una hipoteca que nos atará hasta el resto de nuestros días, entregamos nuestra vida en interminables y larguísimas jornadas de trabajo de las que obtendremos un dinero que dedicaremos a un consumo superficial y en la mayoría de los casos innecesario, veremos los mismos programas de televisión que la mayoría y, si alguna vez nos adentramos en una librería compraremos, por supuesto, el libro más vendido…

Como Kant, Dostoievski a través de su tenebroso personaje, recuerda lo mucho que nos cuesta decidir por nosotros mismos, cómo se nos hace muy cuesta arriba tener que discernir individualmente entre lo bueno y lo malo, y cómo preferimos siempre dejar hacer a otros, dejar que las decisiones las tomen los demás, sean políticos, jefes, famosos, medios de comunicación, amigos… Sin duda es la opción más fácil, pero sin darnos cuenta, de ese modo poco a poco la vida, nuestra vida, va dejando de pertenecernos. Permitimos que el tiempo pase, un tiempo precioso, único, del que no volveremos a disponer. Lo dejamos transcurrir a la espera de que pase algo, pero nunca pasa nada. Amamos demasiado la seguridad, tanto que estamos prácticamente dispuestos a renunciar a todo a cambio de la falsa sensación de tranquilidad que nos proporciona. Preferimos continuar con nuestro insatisfactorio empleo y seguir aguantando al insoportable de nuestro jefe antes que tener que afrontar la incertidumbre de un cambio de trabajo, preferimos seguir sobrellevando una triste vida familiar antes que desafiar a la soledad…

No nos engañemos, detrás de nuestra falta de libertad no se esconde ninguna confabulación planetaria, lo que día a día nos

esclaviza es nuestro miedo. Nos sentimos angustiados, infelices, pero somos tan cobardes que en lugar de afrontar nuestra situación, de ejercer realmente nuestra libertad, esperamos también que la solución venga de fuera, de algo o alguien externo a nosotros,. No nos damos cuenta, o no nos queremos dar, de que una y otra vez nos condenamos a una absurda esclavitud. Nada llegará del exterior, sólo conseguiremos aquello que construyamos nosotros desde nosotros mismos. Renunciar a construir nuestro destino, entregarnos a una resignada pasividad, es una actitud irracional y autodestructiva, de la que no obtendremos más que remordimiento y dolor. Afrontar el futuro tomando nuestras propias decisiones resulta difícil al principio, ciertamente somos débiles, estamos limitados por todos nuestros temores, pero el sólo hecho de detenernos por un momento y reflexionar al respecto nos ayudará a sentirnos un poco mejor y nos dará fuerzas para empezar a caminar en la dirección apropiada.

No hay revolución más difícil que la de romper con nuestros hábitos adquiridos, dejar de hacer las cosas porque sí y, empezando por pequeñas cuestiones, plantearnos qué queremos hacer realmente, con quién queremos estar, qué es lo que nos hace felices.

No es un camino sencillo, pero al menos, y por una vez, adéntrate en él: el premio es demasiado importante como para no intentarlo. Cambiar, transformarte, empezar a hacer de ti una nueva persona, el resto no importa. El único sol que puede iluminar tu vida eres tú mismo. Así que no te subestimes: eres un ser valioso, lucha.

No podemos caer en el error de pensar que el miedo, la falta de decisión, el dejarnos llevar, nos afecta a nosotros en particular por alguna carencia personal que nos hace inferiores. Es este un temor común a todos los seres humanos por igual, es una dificultad que se abate por igual sobre las personas más insignificantes y sobre los grandes hombres, y en ocasiones estos últimos viven mucho más atrapados de lo que podríamos pensar. El propio Dostoievski era consciente de que su vida se escapaba sin que fuera capaz de ejercer un mínimo control sobre ella. Así, en una carta enviada a una vieja amiga podemos leer: «Mi vida transcurre en tal desorden y prisa que sólo me pertenezco a mí mismo en rarísimas ocasiones.

Aún ahora, cuando dispongo por fin de un momento libre para escribirle, sólo puedo decir una mínima parte de todo lo que me abruma[2].»

Con todo, y en descargo del pobre y genial escritor ruso, hay que decir que la suya fue una vida cargada de sobresaltos, sufrimientos y acontecimientos penosos de todo tipo. En pocas ocasiones el destino le concedió un periodo de tregua en el que gozar de paz y tranquilidad. Tras los años de confinamiento en Siberia, constantes apuros económicos marcarían su vida. Jugador empedernido, nunca consiguió una mínima estabilidad económica. Son harto conocidas las tristes peripecias que, por ejemplo, acompañaron a la redacción de su novela *El Jugador*.

Todo se agravó cuando murió su hermano Miguel, quien, fiel a la tradición familiar, no dejó más que deudas. Para salvaguardar el buen nombre de su hermano, Dostoievski se vio en la obligación de hacerse cargo de las mismas, pero la triste realidad es que su situación financiera no distaba demasiado de la del difunto Miguel… Desesperado, no tuvo otro remedio que recurrir a un conocido usurero: el editor Stellovsky. Éste, conocedor de la situación del escritor, decidió, cómo no, aprovecharse. Así, le ofreció tres mil rublos por los derechos de sus obras ya publicadas si Dostoievski le escribía una nueva novela y se la entregaba antes del 1 de noviembre de 1886. El contrato, ya despótico de por sí, incluía además una cláusula especialmente abusiva y amenazadora: si el autor no cumplía puntualmente el plazo de entrega, Stellovsky pasaría a ser el propietario de los derechos de ¡todas las obras que escribiese Dostoievski en el futuro!

Agobiado por la necesidad, el príncipe de las letras rusas firmó el contrato sin pensarlo. ¡Necesitaba el dinero a cualquier precio! Pero una vez más, no supo actuar con firmeza. Incapaz de plantar cara a su triste situación y romper con ella, volvió a las andadas y se fue al casino de Wiesbaden, donde jugó y jugó hasta perder todo el dinero que había obtenido con este penoso contrato. Para sobrevivir empezó a escribir y publicar por capítulos otra novela, la que más tarde acabaría siendo ni más ni menos que una de sus obras maestras *Crimen y Castigo*. Pero el tiempo iba pasando y de la

novela encargada por Stellovsky no había ni una línea. Probablemente fue este uno de los momentos más patéticos de la vida del escritor. Hundido y arruinado, la falta de pago hizo que la dirección del hotel de Wiesbaden donde se alojaba se negara a seguir dándole de comer y, tan sólo como un gesto humanitario, se le servía té dos veces al día. Dostoievski, incapaz de encontrar una salida, enviaba angustiadas cartas pidiendo ayuda a sus amigos, pero, totalmente empobrecido, las enviaba sin sellos, pues no tenía con qué comprarlos… Como toda situación desesperada, ésta también empeoró. Mientras trabajaba en su cuarto en una nueva entrega de *Crimen y Castigo*, la vela que pobremente le alumbraba se consumió definitivamente. ¡Ya ni siquiera podía escribir!

Finalmente, ayudado por el editor de la revista en la que iba publicando los capítulos de la novela, Dostoievski consiguió dejar Wiesbaden y volver a San Petersburgo. Era el 4 de octubre, quedaba menos de un mes para que finalizara el plazo de entrega a Stellovsky y nuestro autor continuaba sin haber escrito ni una línea de la novela que le debía bajo contrato… Afortunadamente para él, aconsejado por un buen amigo, decidió contratar a una taquígrafa con el fin de redactar de la forma más rápida posible la nueva novela. Anna Grigorievna fue la elegida, ¡y fue una gran elección! Durante interminables jornadas Feodor Dostoievski dictó *El Jugador* a Anna, cuya ayuda se fue convirtiendo en imprescindible. Milagrosamente, el 1 de noviembre la novela estaba concluida, aunque no las cuitas del autor.

Para asegurarse de que toda la producción literaria de Dostoievski caía en sus manos, el malvado y –también, hay que admitirlo– astuto Stellovsky había decidido, unos días antes, abandonar San Petersburgo con el fin de que resultara imposible entregarle el manuscrito en plazo. Nadie sabía, el 1 de noviembre, dónde se encontraba el usurero… Por unas horas pareció que todo había acabado para nuestro autor. Sin embargo la inteligencia de su taquígrafa le salvaría: ella depositó el manuscrito en una comisaría de policía y obtuvo un recibo oficial en el que se hacía constar la hora y el día de la entrega. ¡Dostoievski estaba salvado! El epílogo de esta historia es fácil de adivinar: Dostoievski se enamoró

perdidamente de Anna Grigorievna y acabó casándose con ella, arrastrándola a su vez en el carrusel de altibajos y sufrimientos que fue el resto de su vida.

El genio nunca alcanzó la paz. Basta con leer la última de sus cartas, escrita dos días antes de su muerte, ya postrado en su lecho a causa de una hemorragia pulmonar. En la misma no aborda ninguna de las cuestiones que lo convirtieron en uno de los máximos exponentes de la literatura de todos los tiempos ni deja traslucir el orgullo por toda su obra. Tampoco aprovecha para expresar una vez más su profundo conocimiento del alma humana. Esta última misiva transmite un sentimiento que, desgraciadamente, le acompañó a lo largo de toda su azarosa vida. Exuda profunda y descarnada desesperación. Dirigida al editor Katkov, dice así:

«¿Puedo pedirle en esta carta, quizá la última de las mías, su gentileza y ayuda? De acuerdo con sus cálculos se me deben algo más de cuatro mil rublos. En estos momentos tengo gran necesidad de dinero. Por favor, encárguese de que se me pague inmediatamente. No se imagina cuánto se lo agradeceré: en estos momentos, tengo suma urgencia en obtener esa suma[3].»

Por suerte, para la mayoría de nosotros la vida transcurre de forma más tranquila, con menos agobios y sufrimientos que la del gran autor ruso, eternamente atrapado por sus compulsiones y por la desgracia. De hecho, en muchos momentos tendemos a pensar incluso que nuestra existencia transcurre dulce, confortablemente. Pero tendemos a autoengañarnos: nos conformamos con creer que tenemos más o menos cubiertas nuestras necesidades materiales, mientras vivimos hacinados en mastodónticos edificios sitos en ruidosas e inhumanas ciudades con unos índices de delincuencia que aterrarían a nuestros abuelos. Acudimos puntuales a nuestra cita semanal –o diaria– con los grandes centros comerciales, en los que invariablemente encontramos las mismas tiendas pertenecientes a las consabidas multinacionales de la moda, de forma que hemos convertido cualquier festividad en un enloquecido aquelarre de compras. Confundimos la libertad con quince días de asueto en algún pueblo costero donde nos abrasaremos defendiendo un metro

cuadrado de arena, sumidos en un indolente aburrimiento. Es un curioso confort el que disfrutamos…

En el fondo nos sabemos esclavos, pero al mismo tiempo esa esclavitud se nos antoja placentera, pues nos convencemos con la idea de que resulta más segura que lanzarse al oscuro abismo de la libertad y sus imprevistos. En definitiva, creemos que nuestra vida de seguridades, aunque mejorable, nos trata aceptablemente.

En el siglo I d.C. vivió Epicteto, un filósofo griego que durante años fue esclavo en Roma. En sus *Pensamientos*, Pascal cita una afirmación de Epicteto que ilustra muy bien lo dicho en el párrafo anterior y que nos advierte del peligro de conformarnos con una vida menor: «¿Eres menos esclavo porque seas amado y halagado por tu dueño? Buena suerte tienes, esclavo, tu dueño te halaga. Pronto te golpeará.»

Nosotros somos golpeados de forma inclemente, necesitamos pastillas para dormir y también para ser capaces de levantarnos y afrontar nuestra jornada. La enfermedad de nuestro tiempo es sin duda la angustia. Entonces, ¿por qué nos cuesta tanto cambiar? ¿Por qué, día tras día, seguimos conformándonos con la engañosa seguridad de lo conocido, del dejarnos llevar? La respuesta es sencilla y ya la hemos apuntado más de una vez en estas páginas: el miedo. El temor nos paraliza, levanta frente a nosotros una cárcel virtual en la que permanecemos recluidos durante años y años. Epicteto, físicamente esclavo, sabía muy bien, sin embargo, que la esclavitud más terrible es la que habita en nosotros amparada en nuestros miedos. Por ello nos aconsejó: «¿Quieres dejar de pertenecer al número de esclavos? Rompe tus cadenas y desecha de ti todo temor y todo despecho.»

Al fin y al cabo, ¿de qué tenemos tanto miedo? ¿Por qué temer a fracasar en el intento de cambiar nuestra vida si ésta nos hace infelices? Curiosamente y de forma totalmente autodestructiva, casi siempre acostumbramos a proteger nuestra infelicidad, nuestra vida vacía, nuestra monótona rutina y desamparamos, sin embargo, nuestros deseos más personales, aquellos que mantenemos cuidadosamente ocultos para que solo nos atormenten en la intimidad de nuestra conciencia.

El que probablemente fue el filósofo más profundo del siglo xx, Martin Heidegger, escribió que todos los miedos hacen referencia a uno solo: el gran miedo, el miedo a morir. Pero probablemente Heidegger se equivocaba. Lo que en realidad nos da muchísimo más miedo que morir es vivir. Nada nos aterra más. Sin embargo, y lo diré una vez más, vivir auténticamente debería ser nuestro único deber y obligación a lo largo de ese cortísimo lapso de tiempo que durará nuestra vida.

Nunca reflexionaremos suficientemente en esta dirección. Si por una sola vez fuésemos capaces de concienciarnos de que en poco más de sesenta años nuestra vida resultará apenas un murmullo lejano, inaudible, olvidado, nada… Estamos condenados a la nada, y frente a este hecho demoledor, incontestable, inevitable ¿tiene sentido preocuparse por algo más que nuestra vida? ¿No deberíamos concentrar toda nuestra energía en realizarnos, en sonreír, en disfrutar de cada momento, de cada instante? ¿No parece lo más lógico romper con todo lo negativo que nos rodea?

[1]La traducción de los textos de la leyenda del Gran Inquisidor está tomada de: Fiodor DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamazov.* Edaf. Madrid, 1991

[2] Tomado de René FUELOEP-MILLER, *Feodor Dostoyevsky. Visión del alma, fe y profecía*. Espasa Calpe. 1951, p. 12.

[3]Traducción tomada de: René FUELOEP-MILLER, *Feodor Dostoyevsky. Visión del alma, fe y profecía.* Espasa Calpe. 1951.

5
Gengis Kan: lucha contra tus miedos

Páginas atrás, Kant nos empujaba a ser adultos para retomar el control de nuestras vidas y buscar el camino de la felicidad. Si realmente estamos dispuestos a conseguirlo, resulta imprescindible vencer al miedo, reírnos de la fábula del Gran Inquisidor. Dar un paso al frente. Pero no es fácil enfrentarnos a nuestras aprensiones. Como inútil consuelo, podemos considerar que es un sentimiento universal que cualquier persona en su sano juicio experimenta. Hablemos un momento de un gran y aterrador personaje histórico, del temido Gengis Kan. Pocos hombres han inspirado en sus semejantes un sentimiento de espanto comparable al que él produjo en toda Asia. Pero, a pesar de toda su fama, también era humano…

Ningún guerrero, ningún general, ningún caudillo militar en la historia de la humanidad puede compararse a Gengis Kan, con su capacidad para extender el terror y la destrucción allí por donde pasase. Nacido en el siglo XII en el seno de una pequeña familia aristocrática mongola, Gengis Kan, cuyo auténtico nombre era Temujín («el mejor acero»), vivió una infancia agitada y triste debido al asesinato de su padre, e incluso llegó a conocer la esclavitud. Pese a ello y gracias al impresionante vigor de su carácter, consiguió hacerse con el mando de todas las tribus mongolas y al frente de las mismas crear el mayor imperio que haya podido verse jamás. A su muerte, sus ejércitos habían devastado y conquistado la increíble extensión de tierra que va desde el este de China hasta el Cáucaso. Famoso por su insaciable crueldad frente a aquellos que se atrevían a oponérsele, convirtió su bárbaro proceder en una imponente arma psicológica, pues muchas ciudades y pueblos atacados se rendían sin oponer resistencia debido al pánico que suscitaban las terribles represalias infligidas a los enemigos del gran conquistador. Como ejemplo sirva la anécdota de cómo trató al pueblo tártaro: en venganza por la muerte, muchos años antes, de su padre a manos de un tártaro, Gengis Kan decidió aniquilar a toda la raza, así, todos los varones independientemente de su edad, adultos, niños o

ancianos, fueron ejecutados sumariamente y sin piedad. Al mismo tiempo, las mujeres fueron repartidas como premio y botín de guerra entre sus soldados. El pueblo tártaro simplemente desapareció.

Sin embargo, el señor del universo (que eso más o menos significa el nombre de Gengis Kan), pese a su ferocidad y bravura, no estaba exento de la sensación de temor. Al parecer nunca llegó a librarse, que se sepa, de dos miedos: uno, el pavor hacia su madre. Para librarse de sus regañinas fue capaz incluso de mandar ejecutar nada menos que al gran chamán (algo así como el sumo sacerdote) de la corte. Su otro gran miedo le acompañó siempre, pues en el interior de la temible alma guerrera del gran Gengis Kan, dominador del mundo, conquistador de ciudades y exterminador de pueblos, siguió habitando una parte del pequeño Temujin que fue y que tenía miedo… a los perros. Un eco de su triste infancia que consiguió imponerse a la férrea voluntad del señor del universo y que provocó que a lo largo de toda su vida le acompañase un profundo temor hacia el género canino. Junto al miedo, en nuestro espíritu suele habitar la resignación… Es un veneno lento pero implacable para nuestra alma, algo así como una especie de suicidio espiritual que mutila nuestra capacidad de desarrollo personal y nos convierte en seres sin brillo. Lamentablemente, ¡cuenta con multitud de consejeros! Cuántas veces nos han aconsejado que no aspiremos a lo mejor y que nos conformemos con lo que tenemos, que la rutina es normal, que sentir indiferencia por nuestra pareja o sentirse desgraciados en el trabajo es una consecuencia inevitable del paso de los años, que quien fue nuestro amor y ha dejado ya de serlo es por lo menos buena persona, buen padre, buena madre, que aunque nuestro empleo nos aburra y angustie lo importante es que mantiene nuestra casa y nuestros gastos…

Una señal inequívoca de que la malsana resignación se ha introducido en nuestro ser se produce cuando empezamos a pensar que el problema está en nosotros, en nuestras aspiraciones excesivas, y que por tanto debemos renunciar a nuestras ensoñaciones, convertirnos en definitiva en una persona normal… Cuando estos pensamientos nos acechen hemos de volver a Kant, a la idea de que debemos razonar por nosotros mismos, seguir a

nuestra razón y con ella a nuestros deseos. Sólo así seremos capaces de comprender, y lo que es más importante, mantener en nuestro ánimo, la idea de que aspirar a más no solo es legítimo sino absolutamente fundamental. Una vida sin horizonte, sin aspiraciones, sin futuro, es simplemente una vida que no vale la pena vivir. Conformarse es morir. El ser humano merece siempre ser un poco más feliz, o al menos ser un poco menos desgraciado. Debemos rechazar cualquier tipo de chantaje emocional, injusto y nocivo en su misma esencia. La bondad y la comprensión hacia aquellos que nos rodean no deben confundirse con soportar cargas que no nos corresponden, con hundir nuestra vida en las carencias de otros.

En realidad, sentirse insatisfecho pertenece a la propia condición del hombre. No solo no hay nada enfermizo en ello sino que es una muestra de equilibrio psíquico: son quienes no aspiran a nada más en su vida quienes deberían preocuparse, pues tan solo los animales pueden colmarse plenamente. Pensemos en algo corriente, por ejemplo en mi adorado Happy: los días que llego pronto del trabajo doy un largo paseo con él, corre y juega libremente con otros perros; después, de vuelta a casa, le doy de comer. Saciado, el noble animal me sigue hasta el salón donde me siento a leer un rato. Relajado, con sus necesidades vitales cubiertas, mi perro se siente seguro junto a su amo y contento se tumba a mis pies. En su último instante de vigilia antes de quedarse dormido respira profundo, satisfecho. Está plenamente colmado, no cabe nada más en su interior, es simple y llanamente feliz.

Por suerte, el hombre es un ser más complejo, caleidoscópico. Necesitamos mucho más que lo que podemos ofrecer a nuestros animales de compañía, pues siempre nos cabe un poco más de felicidad. La otra cara de la moneda es que, indefectiblemente, siempre nos cabe también un poco más de tristeza, de sufrimiento, de angustia vital. Anhelar la felicidad y huir de la tristeza, ese es el eterno camino dialéctico que inevitablemente conforma la vida del ser humano. Esta incapacidad para sentirnos totalmente satisfechos con nuestra situación existencial es lo que los filósofos llaman la apertura al infinito del hombre. Una especie de chivato interior activo

las veinticuatro horas del día que nos hace intuir que el ser humano es mucho más que un simple animal, que hay algo en él que es puramente inefable, inaprensible, espiritual en definitiva.

Cuando renunciamos al camino de la esperanza, del crecimiento personal continuo, a la experimentación de nuevas sensaciones y sentimientos, en cierto sentido estamos renunciando a nuestro ser espiritual, tratándonos a nosotros mismos como animales a los que les basta comer y respirar para subsistir. De alguna manera podríamos decir que quien no espera ya nada, quien no siente el aguijón de la inquietud existencial, quien transita por la vida mustiamente complacido de su propia suerte, ha empezado ya a morir aunque sus piernas sigan llevándole de aquí para allá.

Para emprender el camino del desarrollo personal y romper con el círculo vicioso de monotonía y angustia en el que muchas veces nos sentimos atrapados hemos de actuar, tomar decisiones. En eso justamente radica la esencia de la libertad, en responder con actos a la pregunta que ante cada situación nos plantea, irreductible, nuestro espíritu: ¿qué he de hacer? Hemos hablado de asumir nuestra propia responsabilidad, de buscar aquello que deseamos, de acabar con el miedo que habita en nosotros. Para enderezar el rumbo de nuestras vidas ejercer nuestra libertad resulta imprescindible, pero como digo, esto implica tomar decisiones que en ocasiones nos parecerán radicales, excesivas para nuestras fuerzas, lejos de nuestras posibilidades. No desfallezcamos, el mero hecho de que las determinaciones a tomar nos parezcan difíciles, la posibilidad de que las mismas nos coloquen en situaciones violentas de las que usualmente tendemos a huir, resulta en sí mismo una pista de que avanzamos por el buen camino, de que probablemente acertamos.

Conviene tener claro desde el principio que romper con nuestras ataduras, tomar nuestras propias decisiones, es decir, cambiar nuestra vida es algo que sin duda va a exigirnos esfuerzo y sacrificio. Recordemos una vez más la llamada de Kant a que nos hagamos auténticamente adultos, que no es sino una llamada a evitar lo fácil, a renunciar al camino trillado y cuesta abajo. Un camino aparentemente sencillo y muy transitado pero que nos lleva directos

hacia la infelicidad. En muchas ocasiones el camino de la felicidad nos hará sufrir, nos hará distintos, provocará rechazos, quizá incluso nos aleje de falsos amigos y por un momento nos sumergirá en la soledad. Es un inevitable peaje que deberemos pagar. Ya dijimos que esta sociedad nuestra, impulsada por la necesidad del consumo continuo, se empeña en que todo sea cada vez más fácil, en abandonar la idea de sacrificio, pero no nos engañemos, sin esfuerzo, sin renuncia, por lo general no suele obtenerse nada que valga la pena. Lo que obtenemos de forma gratuita, lo que nos regala este mundo enloquecido, no suele ir nunca más allá de la mera superficialidad, no acostumbra a tener valía alguna que verdaderamente enriquezca nuestra existencia. Esperar que la solución a nuestros problemas nos llegue de fuera es un vano deseo. Somos nosotros, ya lo hemos dicho, quienes debemos labrarnos nuestro destino y para ello necesitamos voluntad y arrojo.

Es esta una reflexión que, por ejemplo, tenían muy presente los hombres de la época medieval. Si uno lee alguno de los múltiples relatos de lo que se conoce como ciclo artúrico[1], observará cómo la historia suele comenzar con la salida en busca de aventuras, esto es, de la gloria y por tanto –en la mentalidad de la época– la felicidad, del caballero protagonista de la narración. Perfectamente armado, este caballero se aventura por la campiña dejándose llevar, sin que ninguna dirección prefijada de antemano guíe sus pasos. Está a la espera de la aventura como la mayoría de nosotros está a la espera más o menos consciente o inconsciente de que algo llegado de fuera transforme finalmente nuestra vida. Sin embargo, el narrador medieval sabía bien que nada llega porque es preciso en primer lugar decidir y después actuar. Por ello, el caballero andante, perdido en medio de la inmensidad del bosque acababa enfrentándose siempre a un difícil dilema: elegir el camino correcto. De esta forma, el narrador acababa indefectiblemente colocándolo ante una encrucijada de caminos: el de la izquierda amplio, llano, luminoso, fácil de continuar. El de la derecha, estrecho y sinuoso, siempre en pendiente, agotador. Así, para el protagonista resultaba esta decisión la primera prueba de su valía. Para los creadores medievales la solución siempre era la misma: quienes escogían el

camino fácil se encaminaban sin saberlo hacia la perdición, pues nunca obtendrían la posibilidad de probar su valor y, por tanto, la gloria. En cambio, aquellos que escogían el camino abrupto eran los elegidos, pues habían tomado el camino del sacrificio, intuyendo que solo a través de la superación de las pruebas puede alcanzarse el éxito.

Es ésta una sabiduría antigua que debería estar siempre presente en nuestra mente. Y no significa que debamos buscar voluntariamente el sufrimiento, sería un absurdo y nos convertiría en enfermos. Pero también hemos de ser conscientes de que romper con el miedo, afrontar nuestros deseos, reconstruir continuamente nuestra vida requiere en ocasiones optar por soluciones difíciles que en un primer momento pueden resultar dolorosas. Pero, y esto es importante, hemos de tener presente que la actitud contraria, huir siempre del dolor, es el mejor camino para acabar total y absolutamente sumidos en él.

Llegados aquí, algún lector quizás piense que ya es demasiado tarde, que su vida ya está hecha, que no está a tiempo de cambiar y perseguir sus deseos. Si tú, lector, piensas así, te engañas, y con este engaño te mantienes en una burda autoesclavitud.

[1]Conjunto de leyendas en torno al mítico rey Arturo y sus caballeros, normalmente relacionadas con la búsqueda del Santo Grial.

6
Tolstoi: no renuncies a tus deseos

Nunca es tarde para afrontar nuestro futuro. Al contrario, pues un solo día de auténtica libertad, un solo día plena y profundamente vivido, es suficiente para redimirnos de todos aquellos en que subsistimos vulgar y estereotipadamente. Siempre estamos en condiciones de salvarnos. Mientras estemos vivos, siempre tendremos tiempo para la vida. Eso mismo pensó al final de su existencia Lev Tolstoi[1], el otro gran genio absoluto, junto a Dostoievski, de las letras rusas.

A diferencia de éste, siempre endeudado y envuelto en problemas, la vida de Tolstoi puede parecer aparentemente tranquila. Gozó de una más que favorable posición económica y, en su famosa propiedad de Yasnia Poliana, vivió en muchos sentidos como un terrateniente más de la época, rodeado de su gran familia mientras se le aclamaba en Rusia y Europa entera gracias a sus inmortales creaciones literarias. Pero bajo el reluciente resplandor del éxito, Tolstoi no era feliz. Desde siempre estuvo presente en su interior un influjo místico que le impelía a abandonar el mundo, a renunciar a sus privilegios y a entregarse al servicio de la humanidad. Añoraba la vida humilde y pasaba largas horas de su tiempo ejerciendo de zapatero, oficio manual que apreciaba especialmente. Sin embargo y fundamentalmente debido a las presiones de su esposa, Sofia Andreievna Behrs, una mujer con claros síntomas de desequilibrio mental que profesaba unos celos malsanos por todos aquellos que se acercaban a la vida del célebre escritor, durante años Lev Tolstoi renunció a sus deseos más personales, accediendo a aquella vida regalada que en nada le satisfacía interiormente. Finalmente, a los ochenta y dos años de edad se decidió a afrontar con valentía su situación…

Son las cuatro de la mañana del 28 de octubre de 1910. Tolstoi escribe una carta, la última, a su mujer:

«Mi marcha te afligirá y lo siento, pero compréndeme, no he podido conducirme de otro modo. Mi situación en casa se ha vuelto

intolerable. Sin hablar de otras cosas, no puedo vivir en las condiciones de lujo de siempre, y hago lo que hacen habitualmente los ancianos de mi edad: dejar el mundo para vivir en la soledad y el recogimiento los últimos días de su existencia. Te lo ruego, comprende esto y no vengas a buscarme, ni trates de averiguar dónde me hallo. Tu llegada no haría más que agravar tu situación y la mía, sin modificar mi resolución[2].»

Por fin el escritor ha tomado una decisión auténticamente libre y se dispone a actuar. Esa misma madrugada abandona Yasnia Poliana y en secreto se dirige al pequeño monasterio de Chamardino, lugar en el que se halla recluida su hermana y al que Tolstoi desea retirarse para vivir como un monje más.

Pero no le va a resultar fácil. Él es una gloria nacional viva de Rusia, su fama es demasiada. Inmediatamente la prensa se hace eco de su huida y localiza el monasterio al que se ha trasladado. Alertado del hecho por su hija Alejandra, el escritor no está ya dispuesto a rendirse, han sido demasiados los años de renuncia personal y mentiras. De nuevo de madrugada y bajo una copiosa nevada, huye junto a Alejandra y un amigo, el doctor Makovitski, con los que emprenderá un viaje en tren que debe llevarlos hasta el Cáucaso. Pero a las pocas horas de iniciado el trayecto, Makovitski observa que Tolstoi tirita. Al acercarse comprueba que la causa de ello es una fiebre intensa. El viaje no puede continuar. Ante el estado de salud del anciano, no queda otra opción que detenerse en la primera estación. Así lo harán en la pequeña localidad de Astapovo. Desesperados, amigo e hija se dirigen al jefe de estación, quien reconoce a Tolstoi y lo acomoda lo mejor que puede en su garita.

Parece un triste y patético final para el gran escritor. Nada más lejos de la realidad: él se siente feliz, porque por primera vez en toda su vida está libre de ataduras. Allí, en la pequeña habitación del jefe de estación de Astapovo, entregará Tolstoi su alma. Sus últimas palabras son una muestra inolvidable del amor a la humanidad que siempre profesó y de la paz que sintió en sus últimos momentos. Observando aquel grupo de tres personas que velaban su agonía, les espetó:

«Hay sobre la Tierra millones de personas que sufren, ¿por qué estáis al cuidado de mí solo?»

Quizás nuestros deseos no sean tan sublimes como los de Lev Nikolaievich Tolstoi, pero lo que nos muestra de forma entrañable su final es que siempre estamos a tiempo de tomar nuestra propia decisión y que ésta, aunque resulte dura, traerá consigo la felicidad porque, en definitiva, responde a nuestra idea más profunda –y por ello y al mismo tiempo más constante– de lo que debemos y queremos hacer.

Tengamos en cuenta que el mundo tiende siempre a minusvalorarnos, a someternos a la cruel dictadura de su rutina, a integrarnos y confundirnos en el gris de la masa que vive simplemente esperando morir. Pensemos siempre que somos mucho más brillantes de lo que la sociedad y nuestro propio entorno están dispuestos a permitirnos sentir. Por ello, si nos dejamos convencer, si no somos capaces de rearmar cada día nuestra autoestima, acabaremos dejando que el trasiego de la existencia transforme en borroso mate el brillante destello de nuestra irrepetible individualidad.

[1] Una magnífica recreación literaria de la muerte de Tolstoi puede leerse en el excepcional libro de Stefan ZWEIG, *Momentos estelares de la humanidad.*

[2] Traducción tomada del prólogo de Irene y Laura ANDRESCO a las *Obras Completas* de Tolstoi. Aguilar. Madrid, 1987.

7
Demóstenes: eres capaz de grandes cosas

Si nos lo proponemos, nuestra capacidad de superación es inmensa. Con decisión y dedicación, prácticamente todo está a nuestro alcance. Los ejemplos que al respecto podemos encontrar a lo largo de la historia de la humanidad son incontables. Con todo, quizá uno de los más paradigmáticos sea el de un niño ateniense llamado Demóstenes, que quedó huérfano a los siete años de edad. Criado por tutores legales a quienes se encomendó además la administración de la considerable fortuna que sus extintos padres le habían legado, cuando a los diecisiete años, convertido ya en un joven cercano a la mayoría de edad, reclamó a los albaceas su herencia, descubrió que éstos la habían derrochado y que apenas quedaba nada que recibir. Enfurecido presentó ante los tribunales su causa. En aquella época (estamos en el siglo IV a.C.), la ley de Atenas exigía que fuera el acusador quien expusiera personalmente ante los jueces sus argumentos a través de un discurso. Esta costumbre resultó un grave contratiempo para el muchacho pues no sólo no poseía ningún talento para el arte de hablar en público, sino que además ¡era tartamudo y pronunciaba con dificultad la erre!

Pese a todo, Demóstenes no cayó en la fácil tentación de la resignación, no prestó atención a quienes se reían de él, en definitiva no se conformó, no entregó su vida ni se sentó a esperar que algo o alguien viniera a rescatarle de su triste condición. Por el contrario, miró en su interior encontrando la fuerza necesaria para confiar en sí mismo y mantener su autoestima. Decidió luchar por su futuro tomando sus propias decisiones, sacrificándose en un aprendizaje exigente y en ocasiones penoso. De esta forma, cuentan los historiadores antiguos que se retiró a un pueblo cercano a la playa para prepararse. Fortaleció el tono de su voz enfrentándola al ruido provocado por el romper de las olas en la orilla. Además, para superar su tartamudez y mejorar su dicción solía dificultar sus ejercicios de oratoria introduciéndose pequeñas piedras en la boca. Tres años después, se vio con ánimo suficiente para presentarse

ante el tribunal y el resultado superó todas sus expectativas: su elocuencia resultó arrolladora y ganó con facilidad el juicio.

Pese a sus carencias iniciales, gracias a su voluntad de hierro hizo de la elocuencia su forma de vida, de modo que aquel pobre niño tartamudo acabaría convirtiéndose con el paso de los años en el dominador de la escena política ateniense. Aún hoy, sigue siendo considerado como un modelo de orador y sus discursos son objeto de estudio.

Cuando liberamos nuestra voluntad dejando atrás las excusas, cuando dejamos de escuchar a los portavoces del miedo rechazando toda pasividad, nuestro potencial se multiplica y la felicidad queda mucho más cerca.

Pensemos por qué nos atraen tanto películas como las protagonizadas por Superman, Spiderman o Indiana Jones. Su secreto radica en presentarnos a un hombre corriente, tímido, con una vida aparentemente vulgar y con poco éxito personal. O sea, ¿a nosotros? Sin embargo estos personajes poseen una doble vida y en la segunda abandonan el anonimato para adquirir una fuerte y atractiva personalidad: se desinhiben de sus complejos, desarrollando al máximo todas sus capacidades para convertirse en superhéroes. El mito del hombre corriente que en realidad esconde una vida repleta de peligros y aventuras nos atrae porque, inconscientemente, conecta con nuestros anhelos, con nuestro deseo de no ser uno más, de vivir fuertes emociones, de enamorarnos locamente, de sentir la importancia real de aquello a lo que nos dedicamos. Por desgracia, cuando acaba la sesión, solemos abandonar en la basura, junto a los restos de palomitas o al vaso de refresco, todos esos sentimientos y volvemos a contener nuestros deseos, a coartar nuestras aspiraciones, pues tras las puertas de la sala de proyección se encuentra eso que llamamos «la vida real».

Lamentable o afortunadamente, los superhéroes son pura ficción. Pero no la idea de valor personal que encarnan. Necesitamos tomar conciencia de que todos tenemos un talento a desarrollar que dé lustre a nuestra vida. Sin embargo, con frecuencia y frente a la ingente cantidad de tareas, muchas de ellas total y absolutamente innecesarias y gratuitas, con la que nos obstinamos en llenar nuestro

devenir diario, tendemos a arrinconar este talento potencial. Nos decimos que ya nos dedicaremos a ello más adelante, cuando estemos menos ocupados, quizá cuando nos jubilemos… excusas que pretenden ser tranquilizadoras con las que anestesiar, sin éxito, nuestra ansiedad, mientras seguimos llenando nuestra vida de desasosiego, mientras cada vez nos cuesta más dormir y al levantarnos por las mañanas nos encontramos sin fuerzas, cansados, sin nada por delante que nos motive lo suficiente para emprender con fuerza un nuevo día.

Cuando el fin se acerque, frente a la posible desesperación por haber derrochado nuestro tiempo, sólo nos quedará como consuelo vital el orgullo, la satisfacción por aquellas cosas que mereció la pena hacer y por los momentos plenamente vividos. La dicha, en definitiva, de saber que nuestro paso por la Tierra tuvo algo especial, personal y auténticamente propio. Todos tenemos sueños, algunos sin duda inalcanzables, pero lo importante no es tanto ser capaces de realizarlos sino haberlo intentado sinceramente y con el mayor de los entusiasmos. Con las cosas importantes de la vida pasa como con los grandes viajes, lo importante no es el final, la meta, sino el camino, pues es durante el caminar ilusionado hacia el cumplimiento de nuestros objetivos cuando nuestra vida adquiere auténtico sentido. Es cuando se hace plena.

Por ello conviene tener cuidado y no confundir las responsabilidades que obviamente debemos asumir como adultos con el hecho de que éstas nos anulen y eliminen nuestra propia capacidad de desarrollo. ¿Cuántos de nosotros no hemos convertido prácticamente en religión la paternidad o maternidad? Es bueno estar atento ante esta situación, que en la mayoría de las ocasiones trasluce nuestro propio problema existencial. Los hijos son un don maravilloso, extraordinario, pero son un ser diferente a nosotros mismos. Apoyar todas nuestras esperanzas en ellos, entregar literalmente nuestra vida a la mejor construcción posible de la suya puede ser en muchos casos simplemente puro egoísmo por nuestra parte y un signo claro de que en realidad nuestro espíritu está vacío y que buscamos consuelo a esta situación haciendo desesperados esfuerzos por llenar el de nuestra prole.

Nuestros hijos tienen derecho a ser felices, a tener la mejor de las vidas posibles, pero nosotros también. Además nada de lo que podamos darles o enseñarles les resultará más valioso que la comprensión del valor de la propia existencia y la conciencia de la dedicación que debemos a la misma para enriquecerla, haciéndola más fértil cada día. Y para ello, nada mejor que nuestro ejemplo diario.

Nada ejercerá una influencia mayor y más duradera en cualquier niño o adolescente que tener unos padres auténticamente felices, realizados, orgullosos de sí mismos y de su vida. Por el contrario, en general, solemos regalarles alegría fingida y falsas sonrisas, materialismo disfrazado de celebración, caras plenas de cansancio vital que necesitan de ansiolíticos o antidepresivos para poder seguir adelante, peleas domésticas más o menos disimuladas, indiferencia y frialdad entre parejas… No contentos, les cargamos con el peso de nuestras esperanzas, que depositamos ya únicamente en ellos y su vida. Desde esta perspectiva, ¿resulta extraño que acaben siendo tan infelices como nosotros? El primer paso insoslayable e innegociable para amar de forma auténtica a alguien pasa por amarse a uno mismo. Si nos olvidamos de nosotros, nuestro amor corre el peligro cierto de resultar dañino, de no ser auténticamente gratuito. Nadie merece ser querido de esta manera, pero menos que nadie aquellos que son nuestra prolongación en el tiempo.

8
Gauguin: libérate de ataduras

Esta aparente tensión entre obligaciones y aspiraciones personales conforma el núcleo central de buena parte de la vida de nuestro siguiente protagonista. Durante años, cuestiones tales como perseguir nuestros deseos, no renunciar a nuestra valía, elegir, rechazar todo lo que nos ata y empequeñece, romper con el aburrimiento y la rutina, rondaban sin duda a diario por su cerebro, atormentándole en su interior. No era feliz y lúcidamente sabía que debía tomar una decisión. Corredor de bolsa de cierto éxito, sin embargo, en la soledad de su elegante despacho de ejecutivo parisino, soñaba con dejar todo aquello atrás y huir a los mares del sur…

Sus exitosas operaciones financieras le proporcionaban una posición económica más que aceptable dotándole de un buen estatus social, pero no llenaban su espíritu, por lo que día a día se sentía más y más desgraciado. Su obsesión era el arte, presentía que en su interior anidaba la semilla de un gran pintor y en los escasos ratos libres que le dejaban el trabajo y la familia se dedicaba con fruición a la experimentación artística utilizando todo lo que encontraba a mano en el hogar familiar. Así en más de una ocasión y pese al correspondiente enfado de su mujer, ¡había acabado utilizando la mantelería de hilo como lienzo sobre el que pintar y expresarse!

Con todo y pese al deseo irreprimible que brotaba de su corazón de artista, seguía con su empleo en la correduría de comercio. La vida continuaba en su eterno discurrir y el peligro de que su vocación quedase definitivamente enterrada bajo el peso de las obligaciones y la rutina se hacía cada vez más evidente. Sin embargo el destino le reservaba, también a él, un pequeño empujón, ese momento de lucidez definitiva del que venimos hablando durante toda esta reflexión: En 1882, la Bolsa de París se desploma arrastrada por la quiebra de la Unión General de

Banqueros y la correduría para la que trabaja se ve abocada al cierre. Está sin empleo.

Paul Gauguin –ése es el nombre, como quizás el lector habrá intuido, del protagonista de esta historia– aprovecha el aparente revés que le propicia la vida para mirar en su interior y dejar de mentirse a sí mismo. Gauguin decide dedicarse plenamente a la pintura. No le será fácil, porque su mujer nunca comprenderá del todo esta decisión y además los problemas económicos se multiplican. Hasta el punto de que, por un breve lapso de tiempo, abandona de nuevo su sueño para trabajar en Dinamarca, el país de su esposa, como representante de una fábrica de telas. No durará mucho. Su profunda decisión personal ya estaba tomada y así se lo hace saber a su mujer, de quien se separa definitivamente, abandonándola al cuidado de sus hijos.

Tras una breve estancia en París, finalmente en 1886 viaja a las Antillas y al istmo de Panamá. Allí su situación económica no deja de empeorar hasta el punto de que para poder subsistir debe trabajar como peón durante más de doce horas diarias en las obras del Canal. Enfermo y completamente arruinado, no encuentra otra salida que volver a Francia. Pese a ello sigue soñando con reemprender viaje, con huir de la sociedad occidental y habitar en el primitivismo de algún perdido paraíso natural, donde poder desarrollar en armonía con los elementos y consigo mismo lo mejor de su arte. Así se lo expresa a Mette, su ex mujer, en una carta fechada en 1890:

«Día vendrá y acaso pronto en que halle refugio en los bosques de los Mares del Sur, donde viviré en éxtasis, paz y arte. Rodeado de una familia distinta, lejos de esta lucha europea por el dinero. Allí en Tahití, en el silencio de la preciosa noche tropical, podré escuchar la oculta y dulce música de mi corazón, batiendo en amorosa armonía con los seres misteriosos de mi alrededor. Libre, por fin, sin preocupaciones de dinero, y capaz de amar, cantar y morir[1].»

Su nuevo destino será en efecto Tahití. El 4 de abril de 1891 Paul Gauguin abandonará definitivamente París desde la estación de Lyon. En Tahití, el maestro alcanzará el cénit de su talento creativo. El antiguo corredor de bolsa se convertirá en uno de los mayores exponentes de la pintura del siglo XIX y sus obras pasarán a formar

parte por derecho propio de la historia del arte universal. Liberado de los convencionalismos occidentales, se siente por fin realmente libre, vuelve a casarse, adopta el aspecto y modo de vida de los nativos… y por encima de todo pinta, aquello para lo que estaba destinado y que lo convertía en un ser especial.

Sin su decisión, sin la renuncia a la seguridad económica que su profesión le ofrecía, sin el abandono de su aparentemente plácida vida familiar de burgués parisino, ¿qué habría sido de la pintura de Gauguin? ¿Sería objeto de estudio y recuerdo por parte de todos los estudiantes de arte del mundo? ¿Alguien recordaría hoy al oscuro corredor de bolsa? El nombre de Paul Gauguin, en definitiva, jamás habría alcanzado la inmortalidad…

Seamos sinceros por un instante: ¿no hemos soñado todos alguna vez con ser Gauguin? ¿Quién no ha sentido en algún momento de su vida la necesidad de abandonarlo todo? Olvidar obligaciones, ataduras y sobre todo volver a empezar, haciendo borrón y cuenta nueva de los errores cometidos. Es necesario, sin embargo, tener en cuenta que huir no es suficiente para cambiar nuestra vida, o para enderezarla. El primer cambio debe producirse en nuestro interior. Gauguin abandonó la Europa capitalista pero los problemas económicos le persiguieron hasta la tumba, dejó a su mujer y quiso encontrar refugio sentimental en las jóvenes indígenas de Tahití, pero finalmente murió solo, renunció a la insalubridad de las grandes concentraciones urbanas, pero la enfermedad le siguió a su retiro dorado.

Tras los destellos dorados de la gloria de Gauguin, su biografía presenta algunos aspectos que podemos convertir en moraleja. La primera de todas es que no basta con desear una vida mejor. Ni tan siquiera el triunfo de nuestras ambiciones asegura nuestra felicidad, pues, aunque creamos lo contrario, son muy pocos los acontecimientos de nuestra vida que de verdad nos afectan, que alteran nuestra existencia; en realidad, la auténtica y decisiva partida se juega en nuestro interior y el único jugador somos nosotros. Esto puede parecer contradictorio con todo lo dicho hasta ahora, pero no lo es. Como seres humanos formamos un todo, si solo desarrollamos un aspecto de nuestro potencial personal, en el

caso de Gauguin la pintura, ignorando el resto, no conseguiremos encontrar el auténtico camino del bienestar emocional. Si no nos esforzamos en crecer en todos los aspectos, si no somos capaces de luchar contra nuestras carencias personales, si no asumimos la totalidad de nuestra existencia y cada día luchamos por cambiarla y hacerla mejor en todos los sentidos, nuestro esfuerzo será baldío.

Paul Gauguin olvidó que pese a la importancia de su pintura, él, como ser humano, era mucho más que su capacidad para la creación artística, y al dedicarse en exclusividad a ésta pasó a la historia, pero arruinó su propia vida. Por ello cuando soñamos con huir a los Mares del Sur conviene tener la certeza de que en realidad no estemos intentando simplemente huir de nosotros mismos.

La segunda moraleja de esta historia, directamente conectada con la primera, radica en el peligro de obsesionarnos con el trabajo. Es esta una enfermedad típica de la sociedad occidental y que tiende a empeorar. Quien la sufre ya tiene incluso una denominación: *workalholic*, alcohólico del trabajo.Trabajamos y trabajamos, ni los cambios tecnológicos ni la aparente mejora de las condiciones laborales han servido para detener esta continua carrera hacia delante. Probablemente, un occidental de clase media dedica hoy más horas a trabajar que un esclavo de la antigua Roma. La afirmación sorprende y a alguien le puede parecer exagerada, pero no lo es en absoluto. Ya lo adelantamos cuando hablábamos de Dostoievski: nada hay que el hombre persiga con mayor afán que autoesclavizarse…

Muchos de nuestros conocidos repiten la fórmula «éxito profesional» como una especie de ridículo mantra que deba salvarles de no se sabe qué peligro, se sienten orgullosos de su estatus laboral y dedican la mayor parte de su tiempo a mantenerlo. En realidad bajo esa actitud permanentemente agresiva e hiperactiva, bajo ese nuevo coche de empresa más grande que el anterior, bajo su nuevo despacho, bajo el excepcional crecimiento de sus ventas no buscan sino esconderse de sí mismos, olvidar lo que son, interponer entre ellos y la vida real un magnífico biombo de triunfos y consecuciones profesionales que les permita alejarse del miedo que sienten cuando miran en su interior, cuando dejan de ser un

exitoso empleado o ejecutivo y pasan a ser simplemente Juan o Teresa.

No podemos poner en el centro de nuestra vida una ocupación, por muy bien remunerada que esté, que no nos aporta gran cosa como personas. Tengamos en cuenta, además, que al trabajar ponemos en venta, a un precio por lo general bastante barato, lo único que nunca y pase lo que pase en cualquier circunstancia podremos recuperar: nuestro tiempo, esto es nuestra vida. Indiscutiblemente no podemos caer en la simplificación utópica y pretender que la solución sea dejar de trabajar, pero sí que resulta antropológicamente sano dar al trabajo la importancia justa que tiene y verlo como lo que es: una necesaria dedicación que nos permite comer, pagar la hipoteca y sobre todo disfrutar con paz de los días festivos. Siendo razonables, ¿quién en su sano juicio puede tomarse en serio una vida dedicada a los trabajos administrativos, o a la venta de coches? Al actuar así, ¿no denotamos acaso vacío interior y un serio problema personal?

El ejercicio de nuestra ocupación remunerada se parece en muchos sentidos al mito de Sísifo. Según la mitología griega, Sísifo era el rey de Corinto. Hábil y muy astuto, gozaba engañando a los dioses. Hasta el punto de que cuando el dios de la muerte Tánatos fue a buscarlo, consiguió burlarlo encerrándolo en una mazmorra. Sísifo escapó temporalmente de la hora suprema, pero finalmente el castigo de los dioses fue espantoso: se le condenó a empujar eternamente una enorme piedra desde la falda de una montaña hasta su cumbre, de forma que, cada vez que estaba a punto de coronar la cima, la roca se le escapaba de las manos y rodaba hasta la base del monte. Una y otra vez, en una especie de bucle aterrador, Sísifo tenía que volver a comenzar aquella agotadora tarea que estaba forzado a no finalizar jamás…

Bien, si nos paramos a pensar, nuestro trabajo es muy parecido: ¿qué nos queda realmente entre las manos al acabar nuestra jornada? Por lo general nada, simplemente volver a empezar al día siguiente. Y mientras tanto, nuestra vida discurre a toda velocidad. Cuando hayamos desaparecido, todas las empresas del mundo

seguirán existiendo, pero nosotros no. Tengámoslo siempre presente.

Al respecto de esta cuestión contaré un episodio real, que por desgracia presencié personalmente y cuyo recuerdo me persigue. Un empleado modélico se jubila al fin en su empresa de toda la vida, a la que siempre ha dedicado más tiempo del obligatoriamente exigido a su tarea, en este caso las ventas. A lo largo de su trayectoria y fruto de sus denodados esfuerzos, siempre ha conseguido situarse como uno de los mejores vendedores de la firma. Como premio, en su último día, la compañía le regala un reloj, que quizás ha costado cien euros. En el vestíbulo del edificio central de la empresa se reúnen su jefe, un par de compañeros y una bienintencionada administrativa, que es la encargada de entregarle el obsequio. Risas, bromas, alegría aparente, pero a los pocos minutos los asistentes empiezan a sentirse incómodos, todavía les queda mucho por hacer en su jornada laboral y el recién jubilado ya no forma parte de la misma. Con leves carraspeos se excusan y empiezan a marcharse. El gran empleado ya no es más que un anciano que no sabe muy bien qué hacer con el resto de su día. Mira con fastidio su reloj y sale por la puerta sabiendo que no volverá a cruzarla. Al llegar al final de la calle, se sienta en un banco y rompe a llorar.

El ser humano tiende indefectiblemente a sublimar sus carencias, sus angustias, y en esta necesidad de sublimación personal nuestro empleo suele ser una de las escapatorias más aseadas. Tendemos a obsesionarnos con él cuando no sabemos qué hacer, cuando en realidad no queremos volver a casa, cuando no queremos enfrentarnos a nuestra pareja, a la soledad o al hecho de que nuestra vida existencia es inane, un verdadero desastre. El trabajo nos hace sentirnos útiles, importantes, nos engaña. Una vez más repetiremos que la salida no es dejarnos llevar por el miedo ignorando nuestros problemas, sino hacerles frente comportándonos como auténticos adultos. Sentir la necesidad compulsiva de trabajar, alargar sistemáticamente nuestro horario y tener dificultades para desconectar, no son sino síntomas evidentes de que nuestra vida no va bien, de que tenemos problemas importantes que preferimos ignorar. Si sólo crecemos profesionalmente, el premio a nuestros

esfuerzos será finalmente la tristeza, manifestación de nuestra desolación interior. Acabaremos convirtiéndonos en un jubilado que llora amargamente mientras luce un mediocre reloj nuevo en su muñeca.

Curiosamente, y debido a la crisis económica, vivimos una época en la que tener trabajo se considera prácticamente un privilegio, una prerrogativa por la que en ocasiones estamos dispuestos incluso a renunciar a muchos de nuestros derechos. Escuchamos proclamas interesadas en las que se nos llama a trabajar más, a convertir esta actividad en el muro de carga de nuestra vida en aras a colaborar con la marcha real del país, del engranaje económico. No nos engañemos, no le debemos nada al sistema, nos devuelve siempre menos de lo que nosotros le entregamos. Es más, cuando las cosas se tuercen, simplemente decide prescindir de nosotros arrojándonos al triste pozo del desempleo.

Estar en el paro es una situación lamentable que en muchas ocasiones puede llevarnos al precipicio emocional. Quienes lamentablemente hemos experimentado esta situación lo sabemos bien. Sin embargo supone también una ocasión para volver a mirar en nuestro interior y preguntarnos qué es realmente lo que esperamos de nosotros mismos, de nuestra vida, hacia dónde queremos caminar vitalmente. Mientras, al mismo tiempo, podemos recuperar y saborear con mayor profundidad las cosas verdaderamente importantes que nos rodean y que, quizá, enfrascados en la barahúnda del trabajo diario, habíamos olvidado: el cariño de nuestra familia, la entrañable compañía de los amigos… Somos mucho más que un trabajo o una posición social, somos seres humanos y en eso radica nuestra valía, nuestra autoestima no puede verse dañada por lo que es una mera situación coyuntural sobre la que no tenemos ningún control ni responsabilidad. El camino correcto pasa por liberarnos de miedos y complejos, persiguiendo con decisión la salida que deseamos.

Directamente relacionada con la obsesión por el trabajo está la cuestión del materialismo desmedido. Si hace unas páginas afirmábamos que los hijos son la religión de nuestra era, podemos certificar que la droga más extendida en Occidente es la del

consumismo desaforado. Al comprar cualquier cosa –un vestido, unos zapatos, una nueva alfombra– sentimos eso que llaman «subidón». El consumo produce una euforia inmediata (pero de corta duración) que tendemos a confundir con un estado de felicidad. Nos escabullimos de nuestra vida dedicando horas y horas al trabajo y luego, para aliviar el malestar psíquico que este exceso nos produce, compramos objetos caros, aparentes. Gracias a ellos, por un momento nuestra vida parece cobrar sentido, pero es un espejismo, como el del drogadicto. Cuando pase el efecto momentáneo del chute consumista, nos encontraremos peor y no nos quedará otro remedio que trabajar más, para seguir obteniendo así nuestra dosis diaria de compras innecesarias.

¿Para qué queremos la mayoría de cosas que tenemos? ¿Las utilizamos realmente, nos proporcionan algún placer real? Vivimos entre excesos, con mucho más de lo que necesitamos, eternamente empachados de todo. Compramos un coche más caro del que teníamos porque nos atrae su diseño y línea deportiva; en lo que quizá no reparamos es que al conducirlo nunca podremos observar sus formas, tendremos que conformarnos con ver el volante y el cuadro de mandos... En la mesa, también oscilamos entre excesos: alternativamente comemos con gula o nos ponemos a régimen estricto; nunca alcanzamos un mínimo equilibrio.

Pensamos en términos de ostentación, de estatus social, y lo que hacemos realmente es someter el rumbo de nuestra vida a la presunta aprobación de los demás. Nos convertimos en una especie de suntuoso escaparate que, cuando nadie mira, deja de tener sentido porque es puro artificio, pues tras el cristal ya no hay personas sino simples maniquíes.

Vivamos con naturalidad, sin aferrarnos a lo material pero sin rechazarlo tampoco, disfrutando sencillamente de todo lo que nos ofrece la vida. Ésta es maravillosa en sí misma y nos regala momentos magníficos a cada paso. De vez en cuando viene bien recordar la famosa anécdota de Alejandro Magno, rey de Macedonia, y el filósofo Diógenes. Diógenes era un tipo curioso que disfrutaba ridiculizando las manías de la aristocracia griega de la época y que, pobre de solemnidad, al parecer vivía en un barril. Su carácter

descarado y su modo de vida divertían a Alejandro, que en el fondo admiraba su indómita sinceridad. Incluso llegó a afirmar que de no haber nacido emperador, le habría gustado ser Diógenes. Un día, en los alrededores de Corinto, Alejandro Magno, rodeado de toda la pompa de soldados y servidores que le seguían, se cruzó con Diógenes que, según su costumbre, se encontraba descansando. Orgulloso dueño de toda Grecia, Alejandro se sintió generoso y extendiendo el brazo se dirigió al filósofo en estos términos: «Pídeme lo que quieras, yo te lo concederé». Diógenes le miró unos segundos y, en tono seco, le contestó: «Pues apártate, que me quitas el sol»…

Vivimos obcecados por tener más dinero, por mejorar profesionalmente, por comprarnos un piso nuevo o comer en restaurantes caros y, sin embargo, quizás la auténtica felicidad sea la del sabio Diógenes y nos espere en forma de una mañana soleada, disfrutada tranquilamente en un parque…

Gauguin nos prometía tres moralejas. La tercera quizá sea, con diferencia, la más importante. A todos nos gustaría huir a los trópicos como él, a un mundo sin reloj ni obligaciones, pero prácticamente nadie querría vivir una vida como la suya. ¿Por qué?, ¿cuál es la carencia fundamental que observamos en su peripecia? La respuesta es fácil, todos la hemos intuido. Imbuido de su necesidad de creación artística, convencido de la asombrosa valía de su pintura, obsesionado por encontrar las mejores condiciones para su arte, Paul Gauguin vivió centrado exclusivamente en él y sus problemas, como una isla solitaria en mitad del océano. Con la perspectiva del tiempo podemos comprender que, siendo un creador excepcional, se viera obligado a dejar a su familia y el agobiante entorno burgués que habitaba, pero sin embargo, y moralismos al margen, nos cuesta aceptar su figura de hombre solitario, incapaz de establecer una relación mínimamente enriquecedora con nadie. Era incapaz de abrirse total y radicalmente al amor, que no es otra cosa que entrega gratuita y desinteresada a los demás.

[1] Traducción tomada de Lee van DOVSKY, *Gauguin.* Espasa Calpe. Madrid, 1969

9
Abelardo y Eloísa: aprende a amar

Hasta aquí hemos hecho hincapié una y otra vez en la necesidad de buscar en nuestro interior, de preocuparnos de nosotros mismos, de crecer emocionalmente para buscar nuestra merecida felicidad. Pero eso en ningún caso puede querer decir que debamos convertirnos en seres egoístas. Al contrario, la mejor prueba de que hemos escogido el buen camino es el desarrollo de nuestra capacidad para entregarnos al prójimo, sin buscar ningún provecho en ello. Nada como el amor será capaz de proporcionar un mayor sentido a nuestra vida porque nada nos hará más felices que él.

Pero, en los tiempos que corren, el peligro de confundir el amor con pura superficialidad o con un frío mecanismo químico es muy grande. Por ello, el mayor filósofo del siglo XII y su alumna nos ayudarán a enfocar la cuestión.

Nadie más famoso en el ambiente universitario parisino de aquella época que el gran Pedro Abelardo, pensador superdotado. Unía a sus conocimientos filosóficos un imponente físico que hacía de él probablemente el hombre más completo y deslumbrante de su época. Convertido prácticamente en un ídolo, gozaba de una posición social y económica jamás vista hasta entonces. Tal era su fama que, según sus propias palabras, alcanzó a creerse «el único filósofo que quedaba en el mundo[1]». Sin embargo, por aquel tiempo llegó a la facultad de la capital de Francia otro personaje que también llamó poderosamente la atención de los universitarios y convocó sus miradas…

Era Eloísa, claro. Recordémoslo: estamos en el siglo XII. En la actualidad la presencia de mujeres en la universidad no causa precisamente sorpresa, pero ¡en plena Edad Media era muy distinto! Además no era monja ni habitaba ningún convento, se trataba de una chica laica con un gran nivel intelectual (dominaba el latín, el griego y el hebreo) y, por si no bastara con todo esto, agraciada y bella. No en vano, años después, recordando este momento, Abelardo escribirá que ella reunía todo lo que podía incitar a amar.

Era imposible, por tanto, que Abelardo no reparase en ella y, al hacerlo, su corazón se estremeció con un sentimiento desconocido hasta entonces. Entregado al estudio de la filosofía y la teología, no había existido lugar en su vida para devaneos o lances galantes. Sin embargo, desde el primer momento en que ante sus ojos apareció la menuda figura de aquella alumna, todo lo demás pasó a un segundo plano: a partir de aquel instante sus pensamientos se dirigieron únicamente hacia ella.

De esta forma, su poderoso cerebro trazó un plan: Eloísa era huérfana y vivía con su tío, el canónigo Fulberto, así que decidió utilizar su reconocida fama para acercarse al canónigo. Éste, no podía ser de otro modo, se sintió halagado de que un personaje de semejante notoriedad trabara amistad con él. Al fin y al cabo, debió pensar Abelardo, nada mejor que apelar a la vanidad de un hombre como primer paso para engañarle… Gracias a esta amistad comenzará a frecuentar la casa de Fulberto y por tanto la compañía de su sobrina, Eloísa. Ésta cayó rendida enseguida en los brazos de Abelardo, ¡qué otra cosa podía esperarse! ¡Cómo iba a poder resistirse aquella tímida e ingenua joven a los encantos nada menos que del gran maestro de la universidad de París!

Durante meses, amparados en la ignorancia del torpe Fulberto, vivirán su amor de forma incontenida. El filósofo Pedro Abelardo, que había irrumpido en aquella casa como un lobo hambriento en busca de su presa, se convertirá en cordero y llevado por el éxtasis amatorio, se hará poeta. Sus versos corren de boca en boca y son celebrados por todo París, a excepción, claro, del pobre canónigo que, increíblemente, sigue sin adivinar lo que está ocurriendo en aquella su casa. Con todo, las cosas pronto comenzarán a torcerse para la pareja. ¡Eloísa queda embarazada! La noticia despierta a Abelardo de su sueño amoroso y le devuelve a la realidad. Sabe que esta noticia va a perjudicar muy seriamente a su carrera y su mente racional hace trastabillar a sus sentimientos. ¿Qué hacer? Finalmente y pese a la oposición inicial de Eloísa, que en ningún caso quiere perjudicar o ser una carga para su amado, deciden casarse en secreto y aunque la noticia de la boda corre rápidamente por toda Francia, en un último y desesperado intento por salvar su prestigio,

Abelardo intenta ocultar el enlace y acuerda con Eloísa que, al menos durante un tiempo, se mantendrán alejados, por lo que envía a la que ya entonces era su legítima mujer al convento de Argenteuil, en los alrededores de París, entregando a su hijo al cuidado de unos parientes.

Abelardo, en el contexto ideológico de la época, intenta actuar racionalmente, proteger su futuro: está enamorado pero no es capaz de renunciar a todo por ese amor. Valora su posición, su seguridad, no es capaz de apostar de forma radicalmente ingenua por aquello que siente. Pagará caro su error. Es fácil criticarle ahora, aunque la mayoría somos como él: tememos a nuestros deseos, los anhelamos en la soledad de nuestros pensamientos, sabemos muy bien cuáles son pero no nos decidimos a extender la mano, a salir en su busca. Aunque nos neguemos a admitirlo nos pesa demasiado el qué dirán y sobre todo el miedo al fracaso público. Nos acongoja tanto la posibilidad de sentirnos decepcionados, de que nos hieran desde el exterior, que acabamos prefiriendo una infelicidad sobrellevada, oculta a los ojos de los demás y pretendidamente digna.

Pero volvamos a nuestra historia. Fulberto en la separación de los recién casados no verá sino una muestra más de vergüenza y la prueba de que Abelardo quiere abandonar a Eloísa a su suerte, y esto es mucho más de lo que el canónigo estaba dispuesto a soportar. Así que decidirá escarmentar al maestro de París y lo hará de una forma especialmente cruel…

Contrata a unos matones y les da instrucciones precisas. Éstos, al abrigo de la noche, entran en la casa del infortunado Abelardo y acometen la escalofriante venganza ideada por Fulberto. Los crueles esbirros ¡le castran! Pedro Abelardo nunca se repondrá psicológicamente de este ataque y sus consecuencias físicas. Humillado y queriendo huir del mundo se refugia en la abadía de Saint-Denis donde se hará fraile y sacerdote, al tiempo que presionará a Eloísa no solo para que continúe en el convento de Argenteuil, sino para que profese y pase a ser esposa no ya de él, sino de Cristo.

Pese a todo, la historia de nuestra pareja no acaba aquí. Podría decirse que es a partir de este dramático momento cuando comienza

realmente su amor, hasta alcanzar el premio de la eternidad. Los amantes conseguirán superar todas las barreras y, en la distancia, protagonizarán un romance que los inmortalizará. Sublimarán su amor hasta hacerlo trascendente: el recuerdo del poco tiempo en que cada uno pudo disfrutar del otro alimentará su existencia y dará sentido al resto de su vida. Será Eloísa, muy especialmente, quien muestre una capacidad de entrega absoluta. Sus cartas son un ejemplo de cómo el amor no tiene por qué morir, ni caer en la banalidad o deteriorarse con el paso del tiempo. Al contrario, el auténtico amor posee una cualidad que podríamos definir como espiritual, que trasciende a lo meramente físico. Es, en definitiva, la prueba palpable de aquello que páginas atrás llamábamos la apertura al infinito del hombre, pues nos muestra el alcance prácticamente absoluto de nuestra voluntad. De ahí que renunciar al amor no sea otra cosa que renunciar a nosotros mismos.

En la distancia, cada vez más, el uno está presente para el otro, hasta que Eloísa, la más atrevida pero también la más entregada de los dos, romperá el mutismo y escribiendo la primera de sus cartas dejará que su corazón vuelva a hablar a su amado Abelardo. Lo hará para reñirle, para echarle en cara su presunto olvido y reclamar su amor de esposo:

«En los primeros y ya lejanos días de mi conversión, mi sorpresa y confusión no fueron pequeñas al ver que ni la reverencia a Dios, ni el amor mutuo ni el ejemplo de los santos Padres te movió a intentar consolar a quien, como yo, fluctuaba en un mar de tristeza, ya fuera por palabra directa, cuando estaba contigo, ya por carta. Has de saber que te encuentras obligado a mí por un lazo tanto más fuerte cuanto más estrecha es la unión del sacramento nupcial que nos une.»

El suyo era un amor sin matices, íntegro, total, que se alimentaba día a día pese a la lejanía y las dificultades. Pero Abelardo no puede seguirle en esa escalada, no sólo por su carencia física sino porque además ahora es un religioso. De forma que, sin rechazar el amor de Eloísa –eso le hubiera resultado imposible– intentará reconvertirlo, espiritualizarlo, conducirlo a un camino común de amor místico hacia

Dios. Las cartas se suceden, pero el fuego de ella resulta inextinguible:

«Los hombres dicen que soy casta, pero no saben lo hipócrita que soy. Consideran una virtud la pureza de la carne, si bien dicha virtud no pertenece al cuerpo sino al alma. Aunque pueda tener alguna alabanza entre los hombres no merezco ninguna ante Dios, que penetra el corazón y los riñones y que ve en la oscuridad.»

Eloísa aceptará con gusto los consejos y los argumentos casi paternales que una y otra vez le dispensará Abelardo, su guía espiritual, su acompañamiento, pero sólo como una forma de estar en contacto con él, de sentir aunque epistolarmente su presencia, porque en cada carta acabará dejándose llevar y mostrando la verdad de sus sentimientos:

«Dios sabe que en todas las ocasiones de mi vida, temí ofenderte a ti más que a Él y que quise agradarte a ti más que a Él. Fue tu amor no el de Dios, el que me mandó tomar el hábito religioso. Fíjate, entonces, en la vida miserable que llevo –más digna de compasión por todos– teniendo que aguantar en esta vida tantas cosas y sin esperar premio alguno en la otra.»

Pero con todo y pese al rumor de reproche que se presiente en todas sus cartas, Eloísa siempre perdona a Abelardo, y es más, siempre se muestra como la fiel amante dispuesta a todo por su amado. Ahí reside fundamentalmente su grandeza y ejemplaridad: Eloísa entrega su afecto sin esperar nada a cambio, su abandono no es una transacción, sabe que es el amor el que dota de sentido a su vida y la hace comprensible. Porque cuando aparentemente nos olvidamos de nosotros mismos es cuando más nos realizamos como seres humanos y alcanzamos la plenitud vital:

«Nunca, Dios es testigo, busqué en vos más que a vos mismo; sois sólo vos, no vuestros bienes los que amaba. No pensé ni en las condiciones del matrimonio, ni en una viudedad, ni en mis satisfacciones ni en mis deseos personales. Son los vuestros, lo sabéis, los que quise satisfacer con todo empeño. Aunque el nombre de esposa parece más sagrado y lleno de fuerza, para mi corazón fue siempre más suave otro, el de vuestra amante o incluso, dejadme decirlo, el de vuestra concubina, el de vuestra prostituta.

Me parecía que cuanto más humilde me hiciera por vos, adquiriría más títulos para vuestro amor y dificultaba menos vuestro glorioso destino.»

El arquetipo universal de la pareja de enamorados es sin duda Romeo y Julieta, sin embargo ellos no son sino una sublime expresión de la sensibilidad literaria y por tanto imaginaria de William Shakespeare. Frente a ellos, Abelardo y Eloísa representan el amor real de una pareja de carne y hueso, y en justicia debieran resultar un icono cuando menos tan popular como los amantes de Verona. En cualquier caso, y llegados aquí, lo importante es que nos preguntemos: ¿qué somos nosotros en el amor, abelardos o eloísas?

Puede parecer una cuestión banal pero resulta capital que lo sepamos. Nos quejamos a menudo de que nuestras relaciones no funcionan, que no tenemos suerte, que nos sentimos maltratados... Pero la primera pregunta que debemos hacernos es qué y cómo sentimos. Todos estamos dotados para entregarnos, para hundirnos en el cuerpo del otro. No obstante, en pocas ocasiones somos capaces de liberar de forma absoluta nuestro corazón y olvidar toda reserva personal o emocional. En general somos demasiado egoístas para ello, casi todos tendemos a convertirnos en abelardos, acabamos sumando y restando y dejando que nuestra mente controle de una forma u otra las palancas de nuestros sentimientos. Nos convencemos de que tras esa respuesta hay un ejercicio de prudencia pero, como siempre y una vez más, si profundizamos no encontraremos más que miedo y cobardía. Al actuar así nos equivocamos gravemente pues queriendo protegernos nos hacemos daño.

Es necesario aquí tener en cuenta la función nuclear, esencial en sí misma de la dimensión interpersonal en el hombre. El filósofo Martin Buber insistió en esta idea a lo largo de todas sus obras: es en la relación interpersonal donde alcanza el ser humano su plenitud y encuentra su lugar en el mundo. Quien no es capaz de amar de forma auténtica y sana no es capaz de vivir una vida objetivamente humana. Si no conseguimos anteponer de forma radical los intereses de aquellos a quienes amamos a los nuestros, quedaremos irremisiblemente condenados al egoísmo estéril y a la incapacidad de

abrirnos a los demás. Al margen de las condiciones materiales y sociales de nuestra vida, viviremos todos los días lastrados por la angustia y la transmitiremos a quienes nos rodean, dirigiendo nuestros pasos por el camino de la infelicidad y la desgracia personal. Entre el cúmulo de dificultades que asolaron la existencia de nuestra pareja de amantes medievales, quien tuvo una vida más plena y feliz: ¿Eloísa o Abelardo? La respuesta es fácil, ¿verdad?…

Nada se inserta más profundamente en nuestro ser que el amor. Resulta verdaderamente la fuerza motriz interior por excelencia del ser humano. Nada nos arrastra tanto, ni hace que actuemos de manera más radical que él y, por encima de todo, nada nos es tan necesario. Cuando por alguna razón renunciamos a él, aunque sea por una causa aparentemente noble y elevada, enterrándolo en las profundidades de nuestro espíritu, el daño que nos hacemos acaba siendo irreparable y la herida no acaba nunca de cerrarse.

San Agustín: el dolor de la pérdida amorosa

Cuando San Agustín, el pensador de mayor influencia en el mundo medieval, todavía era tan sólo Agustín, un profesor de retórica nacido en Tagaste (hoy Argelia), este futuro Padre de la Iglesia gustaba de las francachelas, el vino y las mujeres. Vivía con una concubina de la que poco a poco se enamoró profundamente y que acabó dándole un hijo, Adeodato (que significa «regalo de Dios»). El entonces todavía joven Agustín se trasladó a Roma y, pese a los planes de boda que le habían preparado, la llevó consigo y continuó compartiendo su cama con ella. Tras su conversión al cristianismo y presionado por la coyuntura sociorreligiosa del momento, Agustín la dejó y la envió de regreso al norte de África. Amante fiel y magnánima, ella juró no volver a conocer carnalmente a ningún otro hombre y se marchó sola, ni tan siquiera fue capaz de apartar a su hijo del futuro santo. Todo esto lo cuenta San Agustín en un impresionante libro que constituye la primera autobiografía moderna de la historia.

Lo que no cuenta, pero se deja entrever a cada página, es que nunca se recuperó totalmente de la renuncia a su amada. Tan fuerte

debía ser su dolor que ni siquiera es capaz de decirnos su nombre. Pese a ello, sí escribió, y de una forma bastante explícita, lo que sintió en el momento de su separación:

«Mi corazón, cortado por donde más estaba unido a ella, quedó herido y chorreaba sangre. (…) La herida recibida al arrancarme de la primera mujer no tenía visos de curación. Al principio el dolor era agudísimo e intensísimo, después la herida se infectó, produciéndose tanta más desesperación cuanto más se iba enfriando[2].»

Incapaz de borrar de su mente el recuerdo de aquella a quien tanto amó, acabó identificando este recuerdo mortificador con una tentación pecaminosa, hasta el punto que la idea de pecado y la incapacidad del hombre para enfrentarse a él se convirtió en un tema omnipresente en todo su pensamiento. En sus últimos años y a causa de una disputa con otro pensador de la época, Pelagio, esta obsesión se hizo aún más evidente. De alguna manera latía cierta lógica en su pensamiento: ¿cómo iba el ser humano a soportar todas las tentaciones del mundo si él mismo, y pese a los años transcurridos, ni siquiera era capaz de superar el dolor de la pérdida? Toda su ingente obra teológica quedó marcada por su renuncia amorosa, probablemente porque ésta marcó de forma dolorosa su vida entera. Quizás le atormentaba la idea de haber dejado morir, en la soledad y el anonimato más ignominioso, a la mujer que tan sinceramente le amó.

Enfoquemos la cuestión desde otro punto de vista: ¿quiénes son los más desafortunados y desdichados de entre todos los seres humanos que habitan la Tierra? Aquellos que no se sienten amados por nadie. Ninguna sensación puede compararse a la soledad emocional, al vacío lacerante de quien no siente el aprecio de ningún ser humano. Pensemos que cuando alguien llega a ese punto vital la tentación del suicidio es apabullante, pues nada adquiere sentido, todo resulta horrible y la muerte aparece como única salida aceptable. ¿Cómo podemos luchar contra esa situación? Adelantándonos, acercándonos a los demás, preocupándonos por ellos, situándolos por delante de nosotros.

Conviene tener otro aspecto presente: la propia gratuidad del amor hace que éste sea irracional, hasta incluso caprichoso.

Debemos perseguir el amor pero sabiendo que no podremos obligarle a mantenerse firme y constante. La idea de un amor eterno, inalterable, como el de Eloísa nos atrae a todos, pero lamentablemente no siempre resultan así las cosas. A veces simplemente, se acaba. Por ello hemos de huir de lo que podríamos llamar tesis luchadoras, tesis que muchas veces nos son vendidas con un formato aparentemente progresista pero que ocultan posiciones muy conservadoras en su base. Se nos dice que hemos de luchar por nuestro amor perdido, que debemos revitalizar nuestra relación de pareja, recuperar la pasión perdida, volver a hablar, volver a escuchar… una pregunta debería asaltarnos siempre que escuchemos este discurso ¿por qué?

¿Por qué autoengañarnos queriendo recuperar algo que está irreversiblemente perdido? El rechazo al egoísmo personal no debe confundirse con asumir cargas que no son nuestras, ni cercenar nuestro propio camino. Quienes deseen detenernos nos hablarán de nuestras responsabilidades, de nuestra obligación de mantener unida la familia, de la felicidad de nuestros hijos… En realidad todo esto no son más que monsergas, excusas para no enfrentarse al auténtico problema, al hecho de que no somos felices y que ansiamos algo más. Por desgracia, de nuevo en este asunto corremos el peligro de preferir la apacible seguridad de una vida triste y lánguida a la aventura de la feliz libertad. Nos condenamos y, en nuestra insensatez, condenamos también a quien comparte vida e infelicidad con nosotros. Dejémonos de intentos, de pensar una vez más que quizás la culpa sea nuestra. No nos conformemos. Nada ni nadie resucita aquello que está muerto. Neguémonos a vivir, en el mejor de los casos, en un ambiente de tibia cordialidad formal, ¡busquemos el fuego!

Pero tengamos cuidado: el amor, como cualquier expresión humana, puede tornarse enfermizo, nocivo, esclavizarnos una vez más. Por más que nos entreguemos, por más profundo que sea nuestro amor, nosotros siempre seremos uno. Una relación dañina puede conllevar un aniquilamiento momentáneo de nuestra propia personalidad, destruirnos como individuo y convertirnos en un ser malsanamente dependiente, incapaz de una opinión propia y de

decisiones personales. Leído en el papel parece una obviedad el hecho de que debemos rechazar este tipo de amor neurótico, pero lamentablemente resulta mucho más frecuente de lo que pudiera parecer a primera vista. Por ello resulta positivo que no todas las facetas de nuestra vida estén directamente relacionadas con la persona que amamos, pues todos necesitamos un espacio personal en el que encontrarnos con nosotros mismos.

[1] Todas las traducciones de las palabras de Abelardo y Eloísa están tomadas de: *Cartas de Abelardo y Eloísa.* Alianza Editorial. Madrid. 1993.

[2] Tomado de SAN AGUSTÍN, *Confesiones.* Traducción y notas de Pedro Rodríguez de Santidrián. Alianza Editorial. Madrid. 2003.

10

Voltaire: arriésgate a comprometerte

Cometeríamos un error si limitáramos la expresión del amor al entorno cerrado y protegido de nuestra familia y amigos. Es ésta una tendencia evidente de nuestra sociedad: cerramos con llave las puertas de nuestras casas y tranquilizamos nuestras conciencias diciéndonos que no hacemos daño a nadie. Pero, ¿basta con eso? Obviamente no. La muestra más clara de que hemos llegado a un estado de madurez aceptable en nuestro comportamiento como personas es cuando, más allá de los lazos de sangre, las relaciones personales o la pura atracción física, somos capaces de escuchar, prestar atención y, lo más importante, reaccionar ante la llamada de aquellos que sufren por cualquier causa física o psicológica, aunque en un primer momento sean desconocidos para nosotros.

Nos tenemos por personas de bien, así que probablemente colaboramos con alguna fundación benéfica u ONG al uso, pero no nos hemos preocupado nunca por conocer realmente a nuestros vecinos ni sus dificultades. Vivimos preocupados por nuestra falta de realización personal pero, sin embargo, cerramos los ojos ante el dolor de aquellos con los que nos cruzamos. Rodeados de pulcra asepsia moral, nos asusta inmiscuirnos en los problemas de los demás, no sea que al final compliquen nuestra vida. Pensemos, por ejemplo, en la violencia doméstica. Parece evidente que no es una cuestión que pueda pasar continuamente desapercibida para quienes viven en el mismo edificio o trabajan con la víctima, pero ¡qué pocas veces somos capaces de arriesgar nuestra tranquilidad cotidiana para intervenir a favor de quien sabemos que sufre! Lo mismo pasa también con cualquier otro tipo de delincuencia en general: siempre estamos dispuestos a mirar a otro lado si la cuestión no nos afecta directamente.

Nos quejamos siempre de la incapacidad del gobierno, del mal funcionamiento de la justicia, de lo torpe que es la policía, hasta estamos dispuestos a participar en manifestaciones y movimientos populares, pero en realidad no queremos darnos cuenta de que el germen de la injusticia social reside fundamentalmente en nosotros,

en nuestro egoísmo, en ese miedo que una y otra vez reaparece en estas páginas y que nos bloquea. Como siempre, somos nosotros quienes con nuestras trabas y recelos bloqueamos el camino hacia nuestra plenitud vital, pues ningún desarrollo existencial puede compararse al que conseguiremos si finalmente nos atrevemos en el seno de nuestra vida cotidiana a atender la llamada de aquellos a los que las circunstancias castigan especialmente.

Cuando actuamos en defensa de quienes sufren, cuando nos acercamos a los afligidos, inevitablemente y más allá de ideologías o posiciones teóricas previas, nos estamos comprometiendo. Al hacerlo, trascendemos nuestra individualidad y mostramos que el ser humano es un animal social y que por tanto no puede permanecer aislado de lo que sucede a su alrededor, y mucho menos impasible ante la injusticia que hace infelices a sus semejantes. Esta es otra de las cadenas que debemos romper, la del miedo al compromiso social. De igual forma que no podemos pasarnos la vida esperando que alguien o algo externo a nosotros venga a rescatarnos, tampoco podemos confiar perezosamente en que sean otros, sin nuestra participación activa, quienes solucionen los problemas de nuestra sociedad.

Conviene no olvidar nunca que el amor y la compasión son los motores que deben empujarnos a esta implicación en las cuestiones sociales, una implicación que debe huir de la banalidad de las teorías políticas prefabricadas y que ha de alimentarse obligatoriamente de nuestra voluntad de mejora personal diaria, pues de nada sirve indignarse con el mundo o quienes lo gobiernan si no empezamos por indignarnos con nosotros, con nuestra propia vida y nuestro escaso compromiso para con los demás.

No ha habido y probablemente no habrá en la historia de la humanidad un filósofo más importante, de mayor resonancia, que Platón. Aunque su obra abarca prácticamente la totalidad de lo que el pensamiento humano puede alcanzar, toda su reflexión filosófica nació, en cierto sentido, del deseo de mejorar la sociedad de su tiempo, la Atenas de finales del siglo v a. C. El empujón personal que lo llevó a él, un joven multimillonario, a dejarlo todo y dedicarse a estas cuestiones fue especialmente duro: su maestro, Sócrates (del

que hemos hablado al principio de este libro), fue condenado a muerte por un tribunal ateniense y ejecutado. Platón no pudo aceptar la injusticia de que su ciudad, en la que él era uno de los jóvenes ciudadanos más ilustres, hubiese asesinado a aquel viejo maestro de filosofía y decidió empeñar su vida en que tamaña iniquidad no volviera a repetirse.

En pos de esta misión, reflexionó durante años sobre cuál sería el mejor de los sistemas políticos que pudiese llevar la felicidad a los hombres. Finalmente, y aunque abogó por el gobierno de los filósofos, su reflexión le condujo a una conclusión de fondo, inquietante pero seguramente sabia: más allá del sistema político instituido en un Estado cualquiera, lo importante, lo que marcará la diferencia, es el hecho de que sus ciudadanos sean virtuosos. Si realmente lo son, si se dedican a hacer el bien, ese lugar, con seguridad, será un buen sitio donde vivir, pues será una tierra en la que los ciudadanos no se circunscribirán a sus propios y mezquinos intereses, sino que estarán dispuestos a luchar y exponerse por sus semejantes.

Aunque es una bella utopía la de pensar en una sociedad en la que todos sus ciudadanos sean virtuosos, esto es algo que, obviamente, no va a ocurrir. Pero no importa. Lo trascendental aquí es la moraleja, la idea de que todo parte de nosotros y de nuestras acciones, que el primer paso ha de ser siempre el de liberarnos a nosotros mismos, y entonces, subidos al pedestal de nuestra propia libertad, no sólo estaremos en condiciones, sino que nos sentiremos empujados a ayudar a los demás. No valen las excusas al respecto de lo pequeñas que pueden resultar nuestras aportaciones. No se trata aquí de transformar el mundo en su globalidad, eso podemos dejarlo para los discursos de políticos de manual y aspirantes a revolucionarios de medio pelo. A nosotros debe bastarnos con entregarnos a la bondad cotidiana, a los pequeños gestos que al final suelen resultar mucho más decisivos que las grandes palabras.

Por otro lado, no nos engañemos: aunque al levantarnos por la mañana y leer las noticias del día (siempre terribles y pesimistas), pueda parecernos que vivimos en una época especialmente turbulenta, ésta lo es tanto como cualquier otra de la historia

universal. No hay periodo del acontecer humano en el que el hombre no se haya considerado inmerso en una situación de crisis. En realidad, y detrás de esta expresión tan horrenda y manida, lo único que aparece es la constancia de un hecho inevitable: el cambio, la transformación continua de las diferentes sociedades, en lo que constituye la lógica del devenir histórico de la humanidad. Lo importante aquí es la actitud que adoptamos: si ante la crisis apostamos por la justicia, por la solidaridad, o bien nos mantenemos una vez más al margen.

Pese a que con sus dramas François Marie Arouet alcanzó grandes éxitos, hoy, con la perspectiva que da el paso del tiempo, podemos decir que como dramaturgo y como filósofo no pasó de la mediocridad: su talento se asentaba en otras facetas de su personalidad, especialmente en su capacidad para la conversación irónica y en la rapidez de sus respuestas satíricas y mordaces. Con todo, su perseverancia en la lucha contra la injusticia y su negativa a someterse a cualquier tipo de tiranía o fanatismo le convirtieron en un fenómeno social de la Francia del siglo XVIII, y en un personaje que todavía hoy consideramos como uno de los máximos exponentes de la defensa de la razón ilustrada.

Nunca se mantuvo al margen de lo que sucedía a su alrededor. Siempre de forma pacífica, pues rechazó en todo momento la violencia, se implicó y luchó durante toda su vida para que Francia, y con ella Europa occidental, cambiase en positivo, mejorara, se mostrase más civilizada e inteligente. Y no lo hizo sólo con palabras, sino que arriesgándose personalmente (en más de una ocasión acabó dando con sus huesos en la cárcel) participó en célebres procesos judiciales defendiendo a quienes habían sido brutalmente tratados por un poder ignorante y sectario. Pese a todo, François Marie Arouet, más conocido por el sobrenombre que se dio a sí mismo, Voltaire, también necesitó su propio empujón existencial…

Joven libertino, a pesar de no ser noble (su padre fue un acomodado notario), el éxito de sus primeras obras teatrales y sobre todo su afilada pero siempre divertida lengua hicieron de él un invitado irreemplazable de los salones más exquisitos y un acompañante habitual de personajes de la más alta alcurnia

parisina. Voltaire vivía en un sueño irreal en el que aparentemente, gracias a su simpatía, todo le estaba permitido. Desgraciadamente, pronto despertaría de esa ilusión y no de forma agradable precisamente.

Un día, mientras compartía palco con una bella aristócrata en la Comédie Française de París, se le acercó el caballero de Rohan, nada menos que duque y mariscal de campo de los ejércitos franceses, quien pretendió burlarse de nuestro protagonista preguntándole acerca de cuál era su verdadero nombre, si François o Voltaire y por tanto dejando entrever la poca antigüedad del mismo y la falta de abolengo nobiliario en su familia. La respuesta de Voltaire fue inmediata. Con su estilo sarcástico y demoledor, humilló al señor de Rohan al contestarle: «Yo soy el primero de mi nombre, lo cual es mejor que ser el último del suyo y arrastrarlo por el lodo, como hace usted.» Sin embargo, pocos días después y mientras cenaba en casa de otro gran duque, el de Sully, fue llamado por unos desconocidos desde la calle. Al bajar para averiguar quién preguntaba por él, fue atacado por unos esbirros a sueldo de Rohan. Mientras los matones le propinaban una tremenda paliza, el mariscal observaba los golpes desde un coche de caballos cercano. La tradición cuenta que, mordaz, gritó a sus sicarios: «¡No le peguéis en la cabeza, que a lo mejor sale algo bueno de ahí!»

Acabada la tunda, el pobre Voltaire volvió como pudo a casa de los Sully y pidió al duque que le acompañara a la comisaría para denunciar al caballero de Rohan. Podemos imaginar la cara de asombro y decepción de nuestro protagonista al observar cómo su anfitrión esbozaba una sonrisa mientras escuchaba la petición de Voltaire. De forma fría, el duque de Sully, que un rato antes reía con ganas las ocurrencias del joven escritor, le dejó claro que en ningún caso iba a hacer nada contra alguien de su mismo estatus social y menos por algo tan nimio como dar un pequeño escarmiento a un simple plebeyo…

Nada como probar en las propias carnes el sabor de la injusticia para rebelarse contra ella. Voltaire comprende la necesidad de comprometerse personalmente, como única vía para enfrentarse a un estado de cosas arbitrario y opresor. A partir de entonces, su

pluma y su talento estarán siempre a favor del desvalido y en contra del poderoso. Entre sus acciones posteriores destacará su intervención a favor de la familia Calas. Padres de seis hijos, fueron acusados sin pruebas de la muerte de uno de ellos, que en realidad se había suicidado. La razón de esta acusación fue el prejuicio social hacia su religión, pues no eran católicos sino protestantes. El padre fue torturado públicamente y finalmente ejecutado. La viuda y el resto de los hijos fueron desposeídos de sus bienes y, en la miseria, abandonados a su suerte. Frente a esta ignominia, Voltaire puso en marcha una campaña popular en todo el país demandando la revisión del caso y finalmente consiguió reparar la situación de la familia. Otros sucesos similares, en los que la energía y la voluntad de justicia de nuestro filósofo se enfrentaron decididamente a la sinrazón y que se hicieron igualmente famosos en Francia, fueron el caso del caballero La Barre, o el de la familia Sirven. François Jean Lefebvre, caballero de La Barre, fue torturado y finalmente ejecutado mediante decapitación tras ser injustamente acusado de haber profanado un crucifijo. Informado de los hechos, Voltaire luchó con denuedo para conseguir la rehabilitación de la figura del infortunado caballero. En cuanto a los Sirven, de nuevo se encontraba ante unos padres de religión protestante arbitrariamente acusados de asesinato (el de su hija, en este caso). Tras un duro proceso conseguiría mostrar su inocencia y logró la absolución de ambos progenitores.

Siempre siguiendo su famoso lema, «¡Combatamos la infamia!», Voltaire se convirtió en un adalid público y constante de la lucha frente a todo abuso de poder o actitud intolerante.

Tras la condena a muerte lanzada por el ayatolá Jomeini en 1989 contra el escritor indio nacionalizado británico Salman Rushdie, debido a la publicación de su libro *Los versos satánicos*, cuenta el filósofo Fernando Savater que en la primera manifestación realizada en Inglaterra como protesta ante semejante expresión de barbarie, y entre la multitud de personas que exigían al gobierno británico que mantuviera una actitud firme en el caso, pudo verse a un grupo de manifestantes que marchaban bajo una pancarta que rezaba así: «Avisad a Voltaire».

Ya nadie lee los aburridos dramas volterianos y nos hemos olvidado de sus poemas. Sin embargo la memoria del hombre que se negó a aceptar la vergüenza de permanecer impasible frente a la injusticia y el poder tiránico sigue siendo universal e inmortal.

Kolbe: cultiva tu capacidad de entrega

El primer paso para cambiar el mundo es modificar nuestra actitud ante él. No hace falta que nos hagamos misioneros, ni que participemos en ninguna expedición a las profundidades de África. La desdicha, desgraciadamente, está muy cerca de nosotros, probablemente compartiendo rellano, y sucede en el mismo momento en que disfrutamos de la lectura de este libro.

Pensemos que si apostamos por los demás la recompensa será también para nosotros mismos, pues no hay mayor sentimiento de satisfacción que el que alguien experimenta cuando hace el bien de forma totalmente gratuita y desinteresada. Cuando rompemos la cadena del egoísmo, entramos de lleno en el camino de nuestra felicidad personal, pues nuestras acciones empiezan a tener sentido por sí solas, nos sentimos plenos, seguros, orgullosos, sabedores de que en este gesto compasivo hemos empezado a liberar la inmensa fuerza vital y creadora que todos llevamos dentro. Al fin y al cabo, qué otra cosa es el amor sino liberación personal a través de una entrega total y gratuita a los demás que, aun cuando no se vea correspondida, es siempre enriquecedora para quien la ejerce.

Pese al pesimismo que podamos albergar sobre nuestros semejantes, incluso en momentos de máxima desesperación siempre hay un ser humano merecedor de ser llamado así que comprende que el único camino es la solidaridad con las dificultades de los demás, pues cuando estamos dispuestos a comprometernos radicalmente, a actuar positivamente, cambiamos nosotros y somos capaces de cambiar aunque sea mínimamente aquello que nos rodea. No hay revolución más grande ni más trascendental que la de estar dispuestos a responder por aquellos que nos miran desconsolados. Esto es algo que sabía bien el padre Kolbe, sacerdote polaco prisionero en el campo de exterminio de Auschwitz.

Que a finales de julio de 1941 uno de los presos consiguiera huir de aquel campo de concentración no supuso una buena noticia para el resto de confinados: sabían que la represalia de sus crueles carceleros alemanes sería terrible. Al día siguiente, el comandante

del campo ordenó salir al patio al resto de prisioneros y les obligó a permanecer en posición de firmes durante todo el día. Tras angustiosas horas de espera, finalmente se dictó la sentencia: como castigo por la fuga de un compañero, diez hombres serían ejecutados. Entre las filas de harapientos reclusos se fue escogiendo a los condenados. Uno de ellos, al ser elegido, suspiró amargamente recordando a su mujer y sus hijos. Sin embargo no moriría aquel día, pues Maximiliano Kolbe decidió actuar, no permanecer impasible ante la desgracia ajena. Apiadándose de su compañero de encierro y torturas, se dirigió al comandante y argumentando que él ya era viejo (aunque Kolbe apenas tenía entonces cuarenta y siete años), se ofreció a cambiar su suerte por la de aquel padre de familia. A regañadientes, el militar alemán aceptó, pero a cambio, y como forma de aumentar el sufrimiento de los condenados, ordenó que la muerte fuera por ayuno… Finalmente, tras días de hambre y padecimiento, debido a la necesidad de ocupar la celda en la que los condenados estaban postrados a causa de la llegada de nuevos prisioneros, aquellos que, como Maximiliano Kolbe, aún continuaban con vida fueron asesinados mediante una inyección de fenol.

Nada hay que nos impresione más que el sacrificio de un hombre por su semejante, ni que nos resulte más ejemplarizante. Por un lado, nos muestra la infinita dignidad que puede alcanzar el hombre incluso en las peores circunstancias; por otro, gestos de este tipo devuelven la esperanza en que cuando nos encontremos frente a la desdicha, cuando topemos con el dolor, también seremos acogidos, también encontraremos comprensión y consuelo. Todos necesitamos de ello.

Inevitablemente y sean cuales sean las circunstancias de nuestro existir, la vida humana está indisolublemente asociada tarde o temprano al dolor, al fracaso. Aunque poseamos una apertura existencial al infinito, a lo trascendente, en esencia somos seres materiales, y por tanto sensibles a la degeneración física y con una fecha de caducidad establecida desde el mismo momento de nuestra concepción. Debemos luchar siempre y en todo momento por aprovechar nuestra vida y buscar el máximo de felicidad posible, pero no podemos obviar el hecho de que tarde o temprano

sufriremos por alguna causa. Podríamos definir nuestra reacción frente a este hecho como la otra cara de nuestro comportamiento respecto al amor.

Hemos hablado de la necesidad de abrirnos y entregarnos al otro: en los momentos de dolor nada tan improductivo y absurdo como callar y buscar la soledad, solo conseguiremos quebrarnos por dentro. De nuevo corremos el peligro de que un exceso de pudor mal entendido nos lleve a encerrarnos en nosotros mismos, a ocultar nuestros sentimientos, incluso a sentirnos avergonzados de los mismos. Es esta una actitud profundamente dañina. ¡Liberémonos! Ese es el grito implícito en cada una de las páginas de este libro. Liberémonos también cuando nos enfrentemos a una situación de este tipo. Rechacemos el silencio, la resignación, abramos el alma sin miedo, seamos trasparentes. Todos tenemos derecho a sentirnos escuchados y, sobre todo, consolados.

Aunque a veces nos cueste aceptarlo, aquellos que nos quieren están dispuestos a confortarnos y si por alguna razón no advierten nuestro estado hemos de exigir que nos escuchen, reclamar su atención. Al mismo tiempo, hemos de ser capaces de ponernos abierta y plenamente en sus manos, sin ocultar nada, con plena sinceridad. Somos unos seres tan complicados, nuestra alma tiene tal tendencia a retorcerse que muchas veces nos acaba resultando más difícil dejarnos querer que amar a los demás. Rompamos también esa cadena. Nos sorprenderemos.

Franz Werfel era un conocido intelectual judío de militancia atea, y sin embargo fue el autor del célebre relato *La canción de Bernadette* (cuya versión cinematográfica alcanzó un gran éxito). En esta obra exalta la epopeya de la niña que aseguró haber visto a la virgen en Lourdes. ¿Por qué un hombre de ese perfil ideológico dedicó su talento a un tema en principio tan alejado de sus pensamientos? Un acontecimiento singular había trastocado sus opiniones. En un momento trascendental y doloroso de su vida se sintió acogido, recibió consuelo de quien nunca habría esperado obtenerlo.

Aunque provenía de una adinerada familia judía que durante generaciones se había dedicado al comercio de la piel, Werfel abandonó el negocio familiar para convertirse en uno de los

máximos exponentes de la literatura en lengua alemana de su época, codeándose con intelectuales de la talla de Kafka, Martin Buber o Max Scheler. Cómodamente afincado en Viena, probablemente poco o nada sabía del pequeño pueblo de Lourdes y de la fe popular que representaba. Lamentablemente, su confortable y refinado mundo se desmoronó cuando el ejército alemán invadió Austria. Declarado pacifista y judío, su suerte estaba echada en el régimen nazi. Con todo, la fortuna quiso que la invasión ocurriera mientras pasaba unos días de descanso en Capri. Había salvado momentáneamente el cuello pero, a partir de entonces, su vida se convirtió en una frenética huida de las garras de Hitler y sus esbirros.

Consiguió pasar a Francia, pero ésta también fue invadida. Desesperado, se dirigió al sur, hacia los Pirineos, con la esperanza de poder cruzar la frontera española. Desgraciadamente la Gestapo seguía sus pasos. Cansado de huir y sin recursos, perdió toda esperanza. Sin embargo, alguien le aconsejó que se dirigiera a Lourdes, un pueblo de almas piadosas donde quizá podría esconderse. Werfel no tenía nada que perder y se dirigió a la pintoresca villa. Allí, en el momento más trágico de su vida, quizá por primera vez, sintió en su plenitud el significado de la palabra acogida, lo incalculablemente valioso que para el ser humano resulta el consuelo. Los habitantes del pueblecito pirenaico acogieron y ocultaron a aquel judío durante semanas aun a riesgo de su propia vida. Gracias a su ayuda, Franz Werfel y su mujer, Alma Mahler, pudieron cruzar al otro lado de la frontera y seguir hasta Portugal para, desde allí, embarcar finalmente camino de la seguridad que le ofrecían los Estados Unidos de América.

El escéptico intelectual y hombre de mundo que era Werfel quedó tan conmovido por la experiencia que, a modo de tributo, escribió esa delicia que es *La canción de Bernadette*. En medio de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, en una época en la que el hombre mostraba su cara más despiadada y cuando parecía imposible hallar en ninguna parte de Europa un mínimo rastro de bondad, Franz Werfel encontró en aquel pequeño grupo de buenos cristianos que habitaban Lourdes un entrañable ejemplo de caridad,

así como una oportunidad para comenzar de nuevo, lejos del campo de sangre y fuego en el que se había convertido Europa.

Werfel murió pocos años después, en 1945. El brillante intelectual judío recibió, con permiso de su familia, cristiana sepultura en la ciudad de Los Ángeles.

A lo largo de nuestra vida podremos emprender grandes proyectos, obtener sonados triunfos, conseguir renombre y reputación profesional. Pero nada de lo que hagamos tendrá más valor, nos elevará tanto en nuestra valía personal como cuando, sin esperar nada a cambio, por pura compasión, actuemos a favor de quienes sufren. Nada enriquecerá tanto nuestro espíritu y nos colocará con mayor rotundidad en la estrecha y accidentada senda de la felicidad.

¡Vive!

Se acaban las historias, estamos llegando al final de nuestro viaje, es hora de recapitular…

Mientras escribo estas páginas, Happy, enfadado, me ladra desde el otro lado de la cristalera que separa mi cuarto de la terraza en la que se encuentra. El pobre se ha colado allí por la otra entrada y caminado hasta mi puerta, que ha encontrado cerrada. Se revuelve y gruñe porque quiere entrar de nuevo en casa. Con sus patas y su cabeza golpea una y otra vez el cristal, mientras sonrío ante su torpeza. El otro acceso sigue abierto: ¿por qué no vuelve sobre sus pasos y entra por donde salió? Sencillamente porque mi fiel e inseparable amigo no sabe retroceder. Camina siempre hacia delante y, al encontrarse ante un obstáculo insalvable, se limita a protestar y esperar que alguien solucione la situación facilitándole el camino... ¡Happy es tan humano!

Porque a nosotros nos pasa lo mismo: caminamos siempre hacia delante, sin un plan concreto o prefijado, sin saber si avanzamos en una dirección determinada o si por el contrario huimos de algo. Solo interrumpimos esta loca carrera cuando la vida nos golpea de una forma más cruel de lo habitual. Entonces, sumidos en un dolor que no somos ya capaces de superar, nos detenemos esperando que algo o alguien cambie nuestra suerte. Mi perro me tiene a mí. Al final abriré la puerta y le dejaré volver a entrar en casa pero, ¿con quién contamos nosotros? Si hemos aprovechado la lectura de este libro ya sabremos la respuesta: contamos con nuestra fuerza vital, con nuestra absoluta e inalterable voluntad de vivir, de colmar de humanidad, y por tanto de sentido, el resto de nuestros días.

Por ello, a diferencia de Happy, si no queremos seguir desperdiciando nuestra vida hemos de aprender a retroceder, a detener el ritmo de nuestra marcha diaria, dejando de mirar todo el tiempo hacia el exterior y empezando a atisbar las profundidades de nuestro interior.

Volver sobre nuestros acelerados pasos resultará en la mayoría de los casos la mejor forma de avanzar, ya que necesitamos girar la

vista hacia las cosas que nos angustian para poder enfrentarnos a ellas. De esta forma, deteniéndonos y reiniciando radicalmente nuestra vida, podremos recuperar nuestros sueños y liberar nuestros deseos pese al miedo que éstos nos producen. Todo ese esfuerzo por replegarnos sobre nosotros mismos tendrá su recompensa, pues nos colocará en la línea de salida del camino hacia la felicidad.

Este libro se ha esforzado en todas y cada una de sus páginas por convertirse en ese empujón vital que necesitamos y del que hablábamos al principio, un empujón que sea punto de inflexión en nuestra existencia, que nos haga reconsiderar nuestra rutina y reflexionar. Sobre todo, reflexionar.

Muchas de las cosas que escribió un viejo conocido nuestro, el esclavo Epicteto, no son otra cosa que empujones fríos y lapidarios, recordatorios de nuestra condición. Éste es probablemente el más conocido: «Somos un alma que sostiene un cadáver». Con la claridad lacerante de sus palabras, Epicteto nos recuerda algo que todos sabemos pero que nos esforzamos por olvidar: somos reos convictos desde nuestro nacimiento y más pronto que tarde nuestra pena será ejecutada. Durante nuestro viaje hemos hablado del valor de ser conscientes de la finitud de nuestra existencia y, por tanto, de la importancia de aprovechar este fugaz paso por el universo que es nuestra vida, viviéndola plenamente. Pero no podemos confundir este deseo de plenitud con el barato hedonismo al que nos empuja nuestra sociedad. Para eso ya están los anuncios de televisión… No se trata, por tanto, de aprovechar el momento llenando nuestra vida con todo tipo de sensaciones y actividades. Un continuo hacer, del que al final solo obtendremos desesperación y un cansancio angustioso. Probablemente una reflexión sobre este tema rondaba la cabeza del insigne poeta español Luis de Góngora cuando escribió una de sus más conocidas letrillas:

¿Arroyo, en qué ha de parar
tanto anhelar y morir
tú por ser Guadalquivir
Guadalquivir por ser mar?

Arroyos condenados a un destino inexorable, no nos conformemos mientras tanto con la superficial vulgaridad ovina que nos rodea. Busquemos la trascendencia, sintamos la profundidad en todo aquello que hagamos, disfrutemos de la densidad propia de la existencia en sí misma. Esforcémonos en ir siempre un paso más allá, recordemos el texto de Kant: ¡qué fácil es hacer lo que nos dicen los demás y qué difícil asumir el control de nuestra propia vida! Seamos atrevidos, no tenemos nada que perder. Asumamos desde ya nuestro derecho a ser libres y comencemos por tomar decisiones propias que respondan a nuestras ideas y deseos. No escuchemos, es más, alejémonos de aquellos que nos sugieren «realismo». Su falsa prudencia no es otra cosa que triste resignación, sus consejos arruinarán nuestras vidas en la misma proporción que lo están las suyas. No hay nada más realista que romper las cadenas de la indiferencia vital y buscar nuestro propio camino hacia la felicidad. Rechacemos la pasividad, neguémonos a acostumbrarnos al dolor, ¡vivamos!

No es ésta una actitud egoísta. Al contrario, obviamente todos tenemos obligaciones personales: pareja, familia, amigos y queremos lo mejor para ellos. Pero solo podremos enriquecer sus vidas si la nuestra la vivimos en plenitud; si no lo conseguimos, acabaremos convirtiéndonos en meros transmisores de neurosis y angustias, un elemento dañino más que enturbia la vida de aquellos que nos rodean. Todo nace en nosotros, desde nuestro interior: cuidarnos es un primer paso obligatorio, porque cuando nos preocupamos por nuestra felicidad, estamos al mismo tiempo preparando la de aquellos a los que queremos. Al fin y al cabo, sólo seremos capaces de un amor auténtico y sano si primero hemos vaciado nuestro espíritu de miedos y negaciones.

Si el primer paso hacia la felicidad es el de tomar al asalto la libertad, el segundo es el de la entrega gratuita y total, esto es, el amor. Nada hay más trascendente en la vida humana. El amor por sí solo es capaz de redimirnos de nuestro triste deambular y hacer de nuestra vida algo auténticamente estimable. Seamos eloísas y kolbes. Amemos sin medida, sin cálculos ni contención, obviando intereses, sin pensar en otra cosa que en colmarnos embriagados

por la ternura del encuentro con el otro. Por supuesto, y al mismo tiempo, dejemos que nos amen, estemos siempre dispuestos a abrir nuestra alma a quien se acerca a nosotros. Sin temor ni condiciones, dejándonos conmover y transformar tal y como le ocurrió a Franz Werfel. Nada merece ser vivido sin amor.

Armados de libertad y amor, iluminemos nuestra vida. Empecemos por poco, por romper nuestra rutina. Vayamos un día al teatro, escuchemos tranquilamente música sin hacer nada más, en plena quietud. Necesitamos detenernos físicamente y también emocionalmente. Dejemos que el tiempo pase mientras leemos un clásico de la literatura universal, sin esnobismos ni falsas posturas pseudointelectuales, tan sólo por el placer de hacerlo y descubrir la sabiduría y el placer que encierran las obras maestras de los genios que vivieron antes que nosotros. Regalémonos un poco de refinamiento: vayamos a un concierto de música clásica y, en un pequeño exceso, tomémonos una copa de cava en el descanso.

Hablemos con quienes viven a nuestro alrededor: con el portero a quien apenas miramos, con el camarero que nos sirve el café cada mañana, con la cajera que nos cobra en el súper... Y sobre todo, empecemos a preocuparnos por los demás, a conocer sus vidas y problemas. Seamos cercanos y clavemos en nuestro rostro una sonrisa. Viajemos, pero no al mundo occidental en busca de ruidos y compras, sino a algún país remoto, y allí renunciemos a inútiles comodidades para vivir con más sobriedad. Olvidemos nuestra profesión, los proyectos que nos esperan y hasta el día de la semana. Preocupémonos tan solo de no saltarnos, cada tarde, la puesta de sol.

De vuelta a casa, no nos dejemos turbar por el frenesí diario. El filósofo y emperador romano Marco Aurelio escribió: «Al amanecer, dite a ti mismo: "me voy a tropezar con un indiscreto, un desagradecido, un insolente, un envidioso, un insociable. Todo esto les sucede por su ignorancia del bien y del mal".»

Sigamos el ejemplo de ese sabio romano: mantengamos la calma, no nos dejemos arrastrar por quienes son peores que nosotros, sonriámosles pero impidamos que su actitud nos afecte. Nosotros valemos más. El único sentimiento que pueden despertarnos es la

compasión. Sus aparentes triunfos mundanos no son sino llagas que desuellan su alma.

Somos demasiado valiosos. En la enormidad milenaria del cosmos, nuestra vida es mucho menos que un suspiro, pero eso no significa que seamos insignificantes. Nuestra dignidad como personas es inmensa, inigualable: no la traicionemos con una vida ramplona, irreflexiva y repleta de banalidades, hagámonos merecedores de nuestra condición de seres humanos. No es posible aspirar a más, pues esto ya es muchísimo. Cuando dudemos, cuando pensemos que no somos capaces, acudamos al gran Pascal, pocos pensadores han sabido glosar nuestra grandeza con tan pocas palabras:

«El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No es preciso que el universo entero se arme para aplastarle: un vapor, una gota de agua bastan para matarle. Pero aun cuando el universo le aplastara, el hombre sería todavía más noble que lo que le mata puesto que sabe que muere, y de la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo nada sabe.»

Nuestro potencial es inagotable y nuestro deber es luchar por la felicidad, pues es su búsqueda lo que dota de sentido nuestra vida. Pero recordemos: como seres humanos nunca nos sentiremos del todo satisfechos, nunca podremos alcanzar una felicidad total y definitiva. Lo trascendental es romper con la angustia, con el vacío existencial, ser valientes y afrontar la búsqueda. El viaje constante hacia la plenitud resultará en sí mismo el mayor de los premios, pues nuestra vida ya no será un paso estéril, sino una experiencia enriquecedora. Luchemos día a día para que nunca nos identifiquemos con las palabras del inmortal Borges:

He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer: no he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan despiadados.
Mis padres me engendraron para el
juego arriesgado y hermoso de la vida,
para la tierra, el agua, el aire, el fuego.

Los defraudé. No fui feliz.

¡Tenemos tanto por ganar! Frente a la perspectiva de un destino gris apostémoslo todo, sin reparos, sin prudencia, con pasión, pues un transcurrir vital que no esté poblado de sueños y esperanzas no merece ser vivido. Ante la angustia y el desasosiego la única opción aceptable es el coraje, un atrevimiento que nos devolverá la conciencia del mágico milagro que supone nuestra existencia. La vida es una bendición que no podemos desperdiciar.

Levántate, rechaza el miedo, la indolencia, la resignación. Libérate radicalmente de lo que te retiene en la mediocridad. Y sobre todo y por encima de todo: ¡VIVE!

También en esta colección:



Amores imperfectos
Sonia Urbano.
Prólogo de Luis Rojas Marcos

diëresis
LA EDITORIAL
DEL OCIO
INTELIGENTE
www.editorialdieresis.com